

Marina Tsvietáieva

Cartas de Wilno
(1934-1935)



MALDOROR



MARINA TSVIETÁIEVA

CARTAS DE WILNO
(1934-1935)

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título original: *Pisma k Natalie Hajdukiewicz*
(R P) Moscú, 2002

Primera edición: 2006

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG-750-2006

ISBN 10: 84-934956-1-1

ISBN 13: 978-84-934956-1-9

MALDOROR ediciones, 2006
maldoror_ediciones@hotmail.com

CARTAS DE WILNO
(1934-1935)

France
Clamart (Seine)
10, rue Lazare–Carnot

17 de marzo 1934

Querida Natasha Gieievskaia,

(Pues usted era una Gieievskaia cuando llamó a nuestra casa¹ –ay, poco hospitalaria– pero la casa ya no estaba para nadie, ella le hubiese acogido, ¡ella!²)

Su carta no sólo me ha emocionado –me ha trastornado: ese mundo está tan cumplido que he dejado de creer que alguna vez existió (contemplo la capa marrón, último regalo de mi padre³, que me ha

acompañado por todas partes desde 1912, y pienso: ¿se trata verdaderamente de la misma? La palpo, —y no lo creo. ¡Peor que Tomás!⁴— y de repente su voz, *viva*, y no solamente su voz: el nombre *vivo* de “Varenka Ilovaiskaia”⁵ —pues, también⁶ ella era una Varvara, como su hija: la primera mujer de mi padre (el famoso retrato)⁷. Imagínese que he intentado, aunque vanamente, saber de aquéllos, muy pocos, que siguen vivos, *quién* fue la primera mujer de Dmitri Ivanovich, de eso hace ya tanto tiempo que ni los más viejos lo recuerdan (¡es así, creo, como debería comenzar un cuento!), la única que quizá sabe algo por haber oído hablar de ello es Olia Ilovaiskaia⁸, pero yo la temo más que al fuego y, como la avestruz, vivo escondiendo la cabeza entre los hombros: ¿qué puedo esperar de Pimen⁹ si ella la lee! (Se ha casado hace poco tiempo por tercera vez y vive en Serbia).

Y súbitamente, su voz que me arroja ese nombre. Ahora, una serie de preguntas: 1) ¿Cuál es su grado de parentesco y qué es usted para Valeria¹⁰? 2) ¿Qué sabe usted de “Varenka”? ¿A qué edad murió y de qué? 3) ¿Ha tenido ocasión de ver su fotografía? 4) Su nombre de pila, su patronímico y su nombre de soltera. En resumen: todo lo que usted sabe, POR FAVOR.

En cuanto a la Valeria que no la ha alojado en su casa (*¿en qué año?*, ella ya no vivía en Triojprudny desde 1907 más o menos. ¿Cuándo ha podido pasar eso? Primero, ella se separó de nosotras (nosotras las Tsvietáiev, es decir las hijas de nuestra madre) para instalarse en un ala de la casa y en 1908-1909, ella ya no estaba allí, se había mudado a las afueras

de la ciudad, a un lugar espantosamente aislado. Sólo Dios sabe por qué... ¿*Cuándo* ocurrió eso y a la puerta de qué casa, de Triojprudny o del Viejo-Pimen, llamó usted? Asia¹¹ y yo, nos hemos casado ambas en 1912, ella en el lugar VIº y yo en el VIIº, —¡Señor!, ¡me doy cuenta de que todo esto es un paréntesis! Bueno, vuelvo a comenzar desde el principio).

En cuanto a la Valeria que no la ha alojado en su casa —es una de las criaturas más *lúgubres* que jamás haya visto— y no únicamente en la vida. Mi madre *no podía* amarla, y lo más sorprendente, es que *no* la detestaba. Pero mi madre albergaba ese espíritu protestante, germánico —de rectitud, y creo que ella se había prohibido detestar a su hijastra. Si Valeria hubiese sido *su* hija —la habría *detestado*.

Yo no la acuso, igual que no se acusa a un fenómeno de la naturaleza, la mantengo a distancia, e incluso mentalmente. Y (no crea que soy *muy* compasiva) —tengo piedad de ella— por los pocos y raros impulsos —o tentativas— de ternura, de solicitud —extremadamente raros pero que sin embargo existieron. Por la soledad, el marchitamiento, el ensimismamiento, la malignidad fundamental de todo su ser. Por el hecho de que (ella se casó muy tarde, casi a los treinta años, con un gigante barbudo que daba miedo verlo: un campesino) —todos sus hijos gigantes hayan perdido la vida, no sé ni si uno solo ha sobrevivido.

La última vez, tras *nueve* años de silencio (¡cuando vivíamos en la misma ciudad!), la vi —no, no la vi, aquéllo ocurrió así: durante una lectura de mis poemas en el *Café de los poetas* —en 1921— en Moscú,

me pasaron una breve nota –en un intervalo– con estas palabras: –He venido a escucharte y estoy maravillada. –Creí saber, pero a pesar de todo pregunté: ¿quién?, ¿cómo es ella? “–Una mujer, baja, que os aplaudía con fervor, de pelo negro, tez mate y cara afilada.”

– ¡Ella! –Me acerqué, pero ella ya no estaba allí. Y fue así como nos encontramos la última vez. Después no volví a verla: 9+1921-1934 –en total, *veintidós años*. ¿Terrible?

Pero había al menos algo que, a pesar de su odio por mi madre y por mí: por nosotras, por nuestra casta –la había empujado y forzado a pasarme aquella breve nota. Cuando pienso en ella, mi corazón se cierra. Aunque –objetivamente– ella sea un monstruo.

Pero es igualmente un monstruo –cercano, de Triojprudny-Pimen, y lo albergo (al monstruo) en mi corazón, a pesar de todo más íntimamente que si ella hubiese sido alguna “hermana mayor” razonable y amante. (Ella tiene diez años más que yo).

La atracción –más allá, por lo demás– del parentesco.

Su hermano Andrei, muerto hace poco tiempo en los brazos de su hermanastra Asia, muy bello (¡el exacto retrato de Varvara Dmitrievna Ilovaiskaia!), no era menos extraño, quizá aún más, –absolutamente secreto, pero él nos amaba, a Asia y a mí, a su manera, como un lobo, secretamente, tímidamente, so capa de bromas y burlas. Y fue –en *nuestra casa*– a donde vino a morir.

He ahí por lo que estoy tan ávida de conocer cosas sobre los orígenes femeninos, maternos de Valeria

y Andrei. Se trata aquí exactamente de madres, pues nosotras teníamos un mismo padre pero una de nosotras *no era de él*. El enigma de Valeria y Andrei reside en la primera mujer de Dmitri Ivanovich, su abuela, la famosa “Varenka”. Su madre (la hija de “Varenka”, Varvara también ella) era, según todos los relatos, poco o nada complicada: bella, adorable, con una suave voz cantarina, de una entera hermosura. Cuando partió, se fue *entera*.

Todo lo que sabe sobre esa “Varenka”, la mujer de Dmitri Ivanovich, (pero, ¿no estará usted equivocada y se refiera quizá a la *hija* de Dmitri Ivanovich, la primera mujer de mi padre?) —¡se lo ruego!

No para un manuscrito, sino para mi alma, aunque el manuscrito sea también esa misma alma.

¿Por qué está usted en Wilno? ¿Y antes? ¿Dónde estaba usted durante la Revolución? ¿Tiene hijos? ¿Cómo son? Yo tengo una hija de veinte años y un hijo de nueve: Ariadna¹² y Gueorgui: Alia y Mur¹³. Mur se parece a mí en todo.

Su carta es humana, profunda y —perdone el atrevimiento— inteligente, no la carta —inteligente, sino *usted*. Magnífico, eso que dice sobre el orgullo de *cuatro centavos* y el orgullo de *precio*, magnífico, lo he leído como si saliese de mí, es verdad que a partir de un cierto nivel de profundidad ya no hay —un yo en propiedad porque ya no hay— un otro: todo está en uno y ese uno somos nosotros. Pero esto, lo

siento más —con las mujeres. Y también con la naturaleza.

Querido ángel, ¿como ha podido pensar un solo segundo que yo no le respondería: que no escucharía una llamada tan lejana —venida de tan lejos? Pues en efecto, en esta famosa casa cerca del viejo Pimen, soy, yo, toda entera, es a mí a quien usted ve y oye al leer estas líneas.

Puedo no responder únicamente si se trata de una falsificación, si se trata de “literatura”, si se trata de una in-comprensión, es decir si se dirigen a mí en tanto que “literato”. Yo *no soy* un literato: soy un ser vivo que sabe escribir. *Nunca* he vivido de ninguna vida literaria ni de una vida de grupo o de una vida pública, y ahí reside mi fuerza, dicho de otra manera, es ella quien me ha preservado de eso durante toda mi vida, desde mis dieciséis años (oh, ¡mucho antes! sencillamente desde mi nacimiento).

Sólo escucho el yo. Y nunca responderé a ninguna falsificación, aunque fuese la más brillante o más seductora.

Escríbame. Yo le responderé, aunque tal vez no enseguida: estoy extenuada por lo cotidiano: la sartén, la comida, la lejía, todo ese día fraccionado en el cual dispongo de *dos* horas —¡y es mucho! para escribir y todavía, no seguidas. Desde 1917, vivo una vida *extenuante*: insoportable. Cuarto verano

donde no iré a ninguna parte: Clamart es una periferia de París.

—¡Gracias por la respuesta!...

MT

[Añadido al margen:]

Cuando me responda
tenga mi carta a la vista.

Clamart (Seine)
10, rue Lazare-Carnot

9 de mayo 1934, miércoles

Muy querida,

– ¡Al fin!

Pasamos el sarampión –primero mi hijo, después mi hija, hubo la copia urgente y la corrección de mi Biely¹⁴ (*Un espíritu cautivo*¹⁵ aparecerá en el próximo número de *Sovremennye Zapiski*, hubo la copia de dos extractos de ese mismo texto para *Poslednie Novosti*¹⁶, encargados por *Novosti* y –no admitidos por Miliukov¹⁷ (¡a mí no puede verme!, ni tampoco a Biely), enterrados por él sin más explicación.

Hubo y hay —aunque esto sea poco estético —abscesos, toda una erupción de abscesos en las glándulas desde hace ya dos meses: compresas, cataplasmas pomadas, etc., pero no pueden inyectarme porque hace unos tres años estuve a punto, a la segunda, de ser enviada al otro mundo —yo, con mi corazón de hierro pero imprevisible (¡qué sorpresas!).

Y ahora —la búsqueda de una casa, lamentable porque somos nosotros quienes buscamos: Mur y yo —yo, desamparada, pero totalmente, hasta el estupor, hasta la inverosímil *Orientierungssinn*¹⁸, con una atrofia completa de la dirección del lugar, pero esa atrofia, no es nada: con ese deliberado don innato que me hace ir sistemáticamente a otra parte, y no en sentido inverso (si fuese así sería sencillo), sino todavía a otra parte en una tercera dirección, *imprevisible*, como mi corazón, yo que conozco *mi calle* de memoria, como en un tiempo las “ciencias exactas” que no comprendía, yo que, tras un año pasado allí, no reconocía mi “Lazare-Carnot”, yo que sólo sé caminar en línea recta y a quien habría que conducir como a un ciego —y Mur, que tiene nueve años, que todo el tiempo tiene ganas de silbar, que, conociéndome, no cree en ningún logro posible en la vida de todos los días, que, con la “nueva casa”, está preocupado únicamente por el perro (¿habrá o no?) o por el columpio (si será “un chalet con jardín”) y, en cualquier caso, por la empalizada que tiene delante a través de la que no se atreve decididamente a echar un vistazo al patio ajeno (quizá el nuestro en un futuro). Aunque, finalmente, no es él quien me conduce como un perro —a un ciego, sino yo que lo llevo, como a un cachorro de tigre o un

leoncillo domesticado que se escapa de las manos. Y resulta claro que nosotros —una pareja así— no podemos inspirarle ninguna confianza a los “propietarios” y “agencias de alquiler”. Yo no aparento una dama, y, en cuanto a él, tiene un aire muy especial —el de un león atado.

Mur, que se orienta perfectamente, no ve ninguna razón para mudarnos —“puesto que el invierno ha pasado y ya *no hay estufas*”, olvidando que las mismas —es decir el humo, el frío, la suciedad, la ceniza, la carga del carbón hasta el cuarto piso y la limpieza de la ceniza —¡toneladas! —estarán aquí de nuevo, muy pronto, ¡y cómo!

Mi hija está empleada.

Así, pues, Mur y yo damos la impresión de estar de paseo. Los soberbios paseos, eso son las agencias que no tienen confianza (voy convenientemente vestida pero, lo repito, no *aparento* una dama: no me parezco a nadie, es —¡fatal!), los propietarios que no dejan entrar, los timbres que no suenan —intento una y otra vez (de esto hace nueve años, ¡desde mi llegada a Francia!) encontrar por cuatro mil francos al año “un chalet con jardín” —sencillamente: algo habitable con un pequeño jardín —lo que desde ahora disfrutan *todos* los rusos que tienen hijos e incluso los más miserables, pero todos tienen abuelas, tías, viejas *fisgonas*, —mientras que yo —no tengo a nadie y lo que es más —ni dentro de veinte años seré una fisgona así: no tengo vocación.

De vez en cuando, para consolarme, o más exactamente: para aspirar una bocanada de aire, *encontrar mis sentidos* —escribo versos que la *Sovremennye*

Zapiski me devuelve concienzuda y cortésmente, e incluso con disculpas, porque son incomprensibles para el lector medio —mientras que la *Poslednie Novosti* ni siquiera admite que se los *envíe*: de una vez por todas, *no* publicamos sus versos: ni los antiguos, ni los nuevos, ni los comprensibles, ni los incomprensibles, ni los líricos, ni los épicos —ninguno. (La orden viene de Miliukov).

Así es mi vida.

Y, después, aún ayer, última ironía del destino, vencimiento del alquiler de la casa de 475 francos —*¿por qué?*

Y Mur: —Ves, mamá, tú te alegras con el muguete, pero sólo es un “gafe”. (N.B.: Para los franceses, el muguete del primer mayo es un “fetiche de suerte”, ¡como si pudiese haber suerte más grande viniendo del muguete que el muguete *mismo*! —¿Por qué? —El vencimiento ha llegado inmediatamente tras él: tantos francos como blancas campanillas. ¿Quiere usted que cuente?

Su carta es bella. Su cuento de juventud es bello. Y su palmito es bello en esta pequeña fotografía de juventud (de muchacha) —se diría que aguza el oído. Magníficos los ojos. Pero, querida mía, habrá sido usted entonces mil veces “más bella” —la otra hubiese partido a pesar de todo pues ninguna “bella” podría suplantar su *rostro*, el rostro de su alma —que todas las “damas jóvenes” que tanto en la escena como en la vida —huyen como el incendio: el del telón del teatro envuelto en una llama *auténtica*.

No se trata de la belleza, se trata del *rostro* que, no contento con no serles necesario –les da miedo. La belleza nada tiene que ver con eso: Pushkin no se enamoró de la *genial y muy-bella* Rosset¹⁹ (después –Smirnova) sino que se enamoró del *bizcocho* Goncharova²⁰. Y –sin ir a buscar más lejos –Maiakovski con su pasión –en vida– por una muñeca, Lily Brik, y su muerte a causa de otra muñeca de la que yo ni siquiera conocí el nombre²¹.

Y si los *poetas* son así, ¿qué esperar de los hombres en general?

No pueden *amarnos* –como los *espíritus*. (Lea mi *Espíritu cautivo*).

Pero de todo esto –en otra ocasión, ahora quiero que esta carta salga hoy, pues dentro de diez minutos tengo que apresurarme para recoger a Mur del colegio.

Me pregunta, querida amiga, qué es lo que puede hacer por mí. Más adelante: *enormemente* (tengo un proyecto, del todo realizable, pero lejano, muchas cosas dependen de *usted*, todo, incluso –al parecer. Se lo expondré detalladamente. ¡Creo que es formidable! Para ambas).

Pero por ahora –consígame un libro:

Olav Duun

Die Juwikingen

Herausgegeben von J. Sandmeier

Verlag Rütten und Loenig

Frankfurt am Main (dos tomos):

1. Band –*Per Anders und sein Geschlecht*

2. Band –*Odin*²²

Hace cinco años que sueño febrilmente con ese libro. Nunca lo compraré porque cuesta caro, como todos los libros alemanes. Sobre todo, con la cubierta en cartón, ahora bien la cubierta es –¡para vender su alma! (He visto el libro en casa de unos amigos en esa edición) –en tela, con un ornamento escandinavo en color. Olav Duun es (después de Sigríð Undset)²³ el mejor escritor noruego, ese libro –es una *epopeya*. La vida del mar, de los fiordos, de un *linaje*. Un sueño *furioso*. Seguramente, felicidad para tres meses al menos, pues yo sólo leo de madrugada, cuando *todo* ha acabado, y cuando *todos* duermen –y cuando incluso duermen las preocupaciones. Los *meto* en cama a las diez y –obedecen. Felicidad no para tres meses sino para toda la vida, pues uno no se separa nunca de un libro *semejante*.

Cuando estuve sumida en la lectura de la *epopeya* de Sigríð Undset –¡me lo habían prestado para todo el verano! –(*Kristin Lawranstochter* en tres volúmenes) fui *feliz* y recuerdo ese verano como de una *felicidad* que lloro sempiternamente.

– Así es –

– Han pasado los diez minutos
La estrecho entre mis brazos.

MT

[Añadido al margen:]

No le he hablado ni de los niños (los suyos, ¡magníficos!), ni de las fotografías, ni de las cartas postales, ni de *mi Polonia*²⁴, ni de mi “desgracia” —lo sé, convengo en ello, pero está el reloj y el reloj indica 10 horas 30 minutos (pasadas) y quiero que la carta salga sin falta hoy, ahora, si no —me va a disgustar, no voy a enviarla, y de nuevo necesitaré un mes para decidirme... Pues usted y yo —¡nosotras no estamos más *que en el comienzo*!

Tengo para usted las pruebas de mis textos, de la prosa y los versos, pero hay que —embalarlos, es decir encontrar el papel —y el minuto.

Pero lo haré. Envíeme su fotografía. Le escribiré pronto.

Vilna²⁵ —ciudad *mía*: adoro sus colinas. A *ellas*, mi corazón las —soporta —¡y cómo!

Clamart (Seine), 10 rue Lazare-Carnot
1 de junio 1934

Si usted piensa como yo, que el mejor de los agradecimientos es la felicidad suscitada por el presente (y su autor), me hubiera gustado que usted viese la mía, muy precisamente viese —con los ojos— primero cómo he abierto el paquete, no —antes de abrirlo me extasié con su peso (¡tanta felicidad asegurada!), después ante su vista: el cartón azul protector en el que se encontraban, y para decirlo mejor se erguían imbricados uno contra el otro, los dos tomos, y a continuación —ante los caracteres góticos (¡que adoro!), después a la vista de los nombres —nórdicos, noruegos, tan amados.

Pues bien, [...] [los he rondado] hasta la noche del segundo día, no contenta con no leerlo, con no hojearlo, no tocarlo con mis manos, había que ver

cómo lo metí en la mesilla de noche (literalmente como un perro —¡su hueso preferido!) hasta el punto de ni siquiera rozarlo —quizá incluso he, como un perro, gruñido por lo bajo —como testimonio de una felicidad anunciada: de un festín: ¡*Schmaus!*²⁶

(Igualmente, antes, y aun desde mi tierna infancia, nunca leí una carta de un tirón. Ahora las leo porque la mayoría de ellas son del redactor de la *Sovremennye Zapiski* —el último alcalde de la ciudad de Moscú —Rudnev²⁷ —acompañadas de una habitual faena, ora relacionada con los honorarios, ora con el manuscrito, y además, siempre es lo mismo: o bien los honorarios son mutilados, o bien hay que mutilar el manuscrito. *Esas cartas* (inmisericordes), las leo de un tirón: del mismo modo que el perro se abalanza sobre algo sospechoso).

Y ahora, a propósito del libro (pues usted es parcialmente —¡el autor!). He leído por el momento un tercio del primer tomo. Es —un torrente. El torrente de un *linaje*, la sangre que crea y reproduce aún las mismas figuras a lo largo de los ríos inmutables del tiempo. No hay figuras, hay la figura —del linaje. (Lo recuerda, usted me habló en una carta de la famosa primera Varenka y después de la segunda: “Yo no creo en la simplicidad de esa familia” —así pues: ¡de esa sangre! Pues bien, esa fuerza —usted la conoce. ¡Qué quietud, qué confianza, qué *naturalidad* al escribiros!). La figura —del linaje y la figura de la naturaleza. Sólo un hombre podía ser capaz de escribir, de levantar un libro (no un libro, ¡un bloque!) semejante, yo personalmente, no hubiese podido (y Undset, mi fuerza *igual*, no *hubiese* podi-

do), y yo tengo un linaje –preciso, irrevocable, pero sin embargo –aun entre tantos antepasados– yo no me siento ellos. Todos confundidos (cruzados, entremezclados) me han engendrado –a mí. Y no habrá un: más allá de mí. Ese linaje se agota en mí –aunque tenga hijos. (Mi hija no tiene nada de mí: ni de ellos: ni de *ese lado*, tiene integralmente de la familia de su padre, mi hijo es *mío* –únicamente por la *fuerza* pero su relleno es otro: *no es* un lírico. Mi hijo es un brote de mi *fuerza*, no de mi *ser*: una rama destinada a desgajarse, lejos, y cubrir con su sombra *una distinta* tierra).

Mientras que en este Olav Duun –sólo he leído, por lo demás, un tercio del primer tomo y quizá también él llegue hasta el último del linaje –el padre es parecido al hijo, parecido al yerno, parecido al biznieto –aunque, finalmente, lo que leemos habla siempre de lo mismo.

De los paisajes espléndidos. ¡Qué pobre es el rico sur ante el pobre norte! Ahora, conozco cuatro nórdicos: Andersen, Lagerlof²⁸, Sigrid Undset y Olav Dunn –y se encuentra siempre el mismo temple: los frutos de la tierra. Uno más fuerte y rico que el otro. (En cada uno, ¡el suelo es *a cada vez más fuerte*!) Olvidaba a Hamsun²⁹, todavía una fuerza cercana, que ha sabido (como por lo demás, su contemporánea, la genial Lagerlof) triunfar a finales del siglo pasado, desastroso para la creación. El más encantador –es Andersen³⁰, la más original –Lagerlof, la más humana –Undset, y el más obstinado (voluntarioso) –Olav Duun. (Son todos encantadores, todos originales, todos son humanos, sólo hablo aquí de la preponderancia –como fondo de esa misma fuerza).

Pero discúlpeme por esta “digresión de horizonte nórdico”, en primer lugar, es de alguna manera un regreso natural a las fuentes (usted), en segundo lugar, el norte no es en absoluto mi pasión “literaria” sino más bien mi pasión de vida, de sangre, de alma, pasión ardiente, completa con sus Nibelungos, sus finlandeses, sus fiordos, con esa naturaleza que yo nunca he visto ni veré pero que es *mía*. Que yo reconozco.

El norte —es el amor con obstáculos, el sur demasiado fácil de amar, ¿quién no lo ama? (y yo también —¡y cómo lo amo!). Es como amar a un gato siamés. [Aunque sea escandaloso] (tener relaciones de amor —a causa de la notoriedad). Oh, cómo me hubiera gustado vivir todavía cien vidas (¡*reculando*, no hacia adelante!) y conocer a todos aquéllos que he conocido, ver con mis ojos todo lo que he visto —¡con los ojos cerrados! ¡Miseria [de mi] vida —de los años! Usted no imagina. Miseria, quiero decir con eso simplemente ausencia de emociones. Para el quinto verano (e invierno —pero en verano, es mucho peor) aún y todavía el mismo lindero del “bosque” de Clamart con sus latas de sardinas y sus periódicos grasientos, con su hierba irremediablemente pisoteada. ¡Y cómo me agarro a esta miseria! A pesar de todo —hojarasca. Pues es —sea París para todo el año, sea —ésto (una apariencia de naturaleza y libertad). Pero he aquí entonces que yo elegí una vez más ésto (¿pero es ésto una elección?), dicho de otra manera, he alquilado un apartamento en el sexto piso (sin ascensor, lo de sin ascensor asusta a los otros, a mí, ¡es el ascensor lo que me asusta! Además, con ascensor, cuesta más de mil

francos anuales), pues bien, sin ascensor, justamente bajo el tejado, el verano será la habitación de plomo de Edgar Poe, el invierno —una nevera, aunque la portera asegura que es un invernadero. Con dos balcones en voladizo, estrechos y sumamente aterradores, como directamente salidos de un mal sueño, del que tengo miedo, cualquier lirismo aparte, por mi hijo que es incapaz de ver plácidamente una protuberancia sin meter el pie en ella —habrá que poner un enrejado de alambre, lo que quiere decir transformar el balcón —[en jaula] (N.B.: ¡no nos convertiremos ahí en pájaro sin embargo!) En perspectiva una mudanza *abominable*: portearlo todo a fuerza de brazos pues la casa está al lado, a fuerza de brazos hasta el sexto piso, ahora bien, yo padezco una enfermedad: tras dos meses de abscesos persistentes, se ha confirmado que tengo las glándulas y los tendones agarratados, de ahí que vaya cada dos días a la ciudad a un dispensario gratuito para parados (5 francos la consulta), me ponen inyecciones —en la pierna, una vez en una, otra vez en la otra, y eso es tan doloroso que apenas puedo desplazarme de una a otra pieza, pero aún quedan muchas inyecciones por ponerme. Pero —discúlpeme por la digresión.

Indigencia de sentimientos (es decir su ausencia *total*: nada; ¡cero!) y la más extrema soledad en medio siempre de la misma decena de personas (comprendidos los míos) que conforman mi vida. —"Tú lo has querido." Oh, no. Eso no. De hecho, yo no he querido nada. Todo ha —ocurrido (*¿no se dice* ocurrido?). Y si yo (hubiese) querido —en cualquier caso, no eso, sino: una soledad completa con un gran muro (¿de fortaleza?, ¿de monasterio? —de *jex*-!), una ventana pequeña, una escalera grande, un enorme

panorama, un inmenso jardín, un completo silencio. Y no el abandono en medio de las personas, no la agitación, el aplastamiento, el vaivén —en un apartamento con sus “comodidades” dudosas en el que no tengo nada que hacer, sólo esperar que el agua salga de un grifo y que el fuego se encienda por ensalmo. En Checoslovaquia³¹, yo iba al pozo y en mi balde traía —la luna, en Checoslovaquia, acarrebaba trozos de leña seca —pero como ardía maravillosamente, qué placer procuraba —¡aunque humease! Pues sí, humeaba, sí —eso hacía que me irritara, pero era algo vivo: cuando echaba pestes contra el fuego o contra los leños nunca la emprendía con ellos. Y después, apenas fuera —el bosque. Profundo, seguro, sin individuos paseándose en gorro, sin colillas, desnudo (es decir ¡muy frondoso!), un bosque sin hombre. Y después a partir de nuestra casa —¡la última del pueblo! —las chozas campesinas quedaban a lo lejos— diez caminos que llevaban todos a la montaña, cada uno hacia una montaña distinta. Y después los gansos, que me provocaban un miedo cervical pero que hoy añoro. Y después [sobre] todo —¡el arroyo!

...Además de mi incamuflable y fatídico no-parecido con cualquiera, mi desamparo —y mi familia— han alejado a la gente de mí. Pobre —sola— aún puede pasar, pero pobre —”ni con mucho”... Ningún bienestar familiar, ningún círculo de familia, cada uno es diferente y cada uno (y cada cosa) —por su lado, la gente no tiene ningún deseo de quedarse un rato no sólo en mi casa sino en *nuestra* casa (no existe “nuestra casa”). No importa bajo qué pretexto (el gas demasiado fuerte, un paño desaparecido,

etc) —y entonces por alguna razón básicamente más profunda, eso estalla: —¡Tendrías que vivir sola! O bien (yo): —Voy a coger a Mur y me iré. O todavía (mi hija): —¡No creas que voy a pasar mi vida lavándote la vajilla! (N.B.: se trata de un plato, único, el suyo, que hay que lavar —pues ella cena *a las 10 de la noche*, después de su trabajo, y yo, cuando he pasado el día lavando, ya no puedo más —y además *no quiero*). Y a pesar de todo —no nos separamos, nadie tiene coraje de hacerlo, y a pesar de todo (llevo con mi marido) más de veinte años de vida en común y él me ama —a su manera— pero no me soporta, como tampoco yo —a él. En algunas cosas esenciales: la espiritualidad, el desinterés, el desapego —estamos de acuerdo (en eso es alguien formidable) pero tanto en materia de educación, como en lo que concierne al ritmo de vida —todo nos separa. Yo, en el momento de casarme, era (por lo demás, desde siempre) un ser ya maduro, él —no, y ahora al cabo de estos veinte años de ininterrumpida madurez, él ha madurado —en otra cosa, en algo muy a menudo —difícil de reconocer. La diferencia esencial es —su sociabilidad y su gusto por la actividad pública y —mi necesidad de soledad (lobuna). Él no puede vivir sin periódicos, yo, es en una casa o en un mundo donde el personaje central es el periódico —donde no puedo vivir. Yo, estoy completamente fuera de los acontecimientos, él está ahí por entero. Me encontré con un maravilloso chiquillo solitario (diecisiete años) que acababa de perder a su madre a la que adoraba y a su hermano un año menor que él³². Es la razón por la que yo he “tomado esposo”³³, dicho de otra manera, me di prisa en ocultar la

muerte. Si no, no me hubiese casado. Hoy puedo decirlo: un matrimonio precoz es un desastre. Incluso con alguien de su edad.

Ah, me parezco a muchos otros, yo no soy la única en este caso, pero si esos muchos otros son numerosos en el mundo, en la vida – cada uno de ellos está solo. Si son numerosos en el espacio (terrestre y temporal), nunca están juntos, ¡ni siquiera dos! Alrededor de cada uno –un círculo de soledad. Como los miembros de una conspiración que *no deben* encontrarse. He ahí por qué me hubiera gustado tanto encontrar –en la vida. Dicho de otra manera, ¿qué diferencia con el otro mundo? Porque sí, allá abajo también hay –voces...

Y además –hace mucho tiempo que no amo a nadie, que no me alegro de nadie, ¡que no espero –*nada*– de nadie! Oh, poco me importa: hombre, mujer, niño, anciano –lo esencial, es amar. Amar, *amarse*. Antes, eso era lo que me hacía vivir. Tú escuchas música, tú lees (escribes) poemas o, sencillamente –una nube roja– y de pronto un rostro, una voz, un nombre, *la dirección* de mi melancolía. Mientras que ahora –y desde hace tanto tiempo –¡años!– nadie aparece. Y mi nube se extiende sobre mí con toda su pesantez. –He ahí por qué me hundo en libros tan enormes. Gracias –por el suyo.

Escriba. Discúlpeme si la he apenado. No tengo a *nadie* a quien decirle todo esto. Tengo –entre todas estas personas– una amiga, ya anciana –la viuda de Leonid Andréiev³⁴, con la que mantengo amistad desde los tiempos de Checoslovaquia, pero ella tiene sus propias desdichas: a saber, cuatro hijos –y todos diseminados. Aparte de ella, en todo París no tengo

ni un alma. Y fuera de París —en el mundo— está, en Moscú, mi hermana Asia y Boris Pasternak³⁵. Estaba Rilke³⁶, pero ha muerto y, ahora, él es también —una voz.

¿Ha leído mi Biely? Trataré de enviarle unas pruebas que usted podrá conservar. Hay también un breve texto en el último *Vstrechi*³⁷ — *Hlystovski*³⁸: un pequeño jirón de mi infancia.

La estrecho entre mis brazos.

MT

La dirección hasta el 1º de julio —la antigua.

— ¿Me parezco a las fotos? (Y el “león” —¿se parece?)

[Añadido al margen:]

¡Escríbame, por favor, su patronímico!

Clamart (Seine)
10, rue Lazare-Carnot

24 de junio 1934

– Natasha –(no me dirijo a usted sino que lo pronuncio para mí misma en voz alta, verifico la sonoridad).

¿Recuerda la Natasha de los *Cuadernos de Koviakin* de Leonov?³⁹ (Barnaul, el hijo, la muerte). Qué delicioso personaje, y qué prodigioso amor, y qué versos prodigiosos, ¿verdad? (“No era una Natasha lo que esperaba de vos. –Esperaba más bien un Grishka...”)⁴⁰. Le escribo a tientas y apuesto (como a un caballo) –por el prodigio.

Katia, Katerina,
Un cuadro en cuatro rimas
Katia borda un mantel
Mientras espera a su engalonado doncel.
— Oh, tú, engalonado doncel
¡Llévame a casa!
Mi casa es aquella de la montaña
Con dos ventanas al fondo.

Helas ahí, *la vida* y *la Katia* que me hubiera gustado vivir y ser.

Mi apariencia externa. (Utilizo la expresión casi entre comillas). Dispongo de ella a mi manera —como Shakespeare de la maternidad de lady Macbeth. Cuando tiene necesidad de un juramento —la hace jurar por todos sus hijos, cuando tiene necesidad de su aislamiento —jura por su esterilidad. Todo (en mí) es cuestión de contexto (el medio en el cual). Para la belleza de Nadia⁴¹, yo tengo necesidad de mi no-belleza —necesidad— no literariamente hablando (¡literariamente, yo no tengo necesidad de *nada*!) sino para poder amar a Nadia hasta ese punto —y más precisamente: porque amo a Nadia (bella) hasta ese punto, me siento desgraciada —¡por una irremediabilidad aún más grande! Si yo tuviese un millón y si la “casa” de Katia-Katerina me gustase —tendría conciencia de ser miserable, en otros términos, para mí, el amor por algo= a la imposibilidad de conseguirlo. ¿Me comprende usted? Y a pesar de todos los argumentos de buen sentido (que hay en mí), a pesar de todos los triunfos ganadores, en mi vida siempre he —ciega y obstinadamente— llevado los acontecimientos de

manera perdedora, invariablemente –dicho de otro modo, yo *nunca* conseguí la cosa (el *alma* de la persona) –por amarla demasiado –o ¡*manifiestamente* –admirado!

Pero tal vez, Natasha, solamente gane aquel que tiene un objetivo único: ganar –cueste lo que cueste y conseguir la cosa –por el medio que sea. Por mi parte, yo nunca he consentido no solamente por el medio “que sea”, sino que incluso *al* menor medio, instantáneamente –de disgusto– bajaba los brazos: –”Yo no juego a ese juego”. Aunque yo nunca he deseado que me amen –quise 1) ser yo quien ame: sin medios; 2) que eso ocurriese por sí mismo, dicho de otra manera que eso no pudiera no ocurrir. Todo lo demás, se lo dejaba a los otros –que no dejaban de utilizarlo. Pero tal vez, Natasha, yo *nunca* he querido que me amen (cuando eso daba comienzo, me molestaba, me –ataba, no es posible que *dos* seres amen, entonces, es mejor si soy yo (porque yo –sé (amar) mejor. Yo sólo deseaba una cosa: amar, y eso, creo, lo he más que conseguido pues he amado a lo largo de toda mi vida. (Estoy, ahora, en un período de pausa –largo, diez años, me parece, sin contar mi último y furioso amor: por mi perro saboyano Podsem (en checo, “podsem” significa ven aquí, es así como llamo a todos los perros desde los tiempos de Checoslovaquia). Y una iluminación: yo sólo he aceptado amor recíproco con un perro).

Y, volviendo –¡utilicemos las comillas! –a mi “apariciencia externa”: que yo carecía de belleza, mi madre me persuadió de ello desde mi más tierna infancia, no el patito feo sino un orondo oso, después de haber tomado para una fea muchacha al

bellísimo Andriusha⁴², hijo de la bellísima primera esposa, ella me había asimilado, a mí, con un oso, pues yo era ciertamente un oso hacia la edad de quince años y para verme “bella” no tuvo tiempo⁴³. Y lo que es más, yo llevaba durante un tiempo gafas y sin gafas me sentía desnuda y (¡¡por orgullo!!) me rapaba constantemente. En una palabra, toda mi vida yo he tratado *inconscientemente* de hacerme tanto exterior como interiormente *peor* de lo que era, al contrario que el Todo-París, de 1 a 100 años (Mistinguett) y quizá al contrario que todo el mundo femenino.

Viacheslav Ivanov⁴⁴ decía, hablando de mí, “una belleza” pero eso era porque amaba el mundo antiguo y germánico y los reconocía en mí. En la época de la Revolución, decían de mí: “Diana llevando a su pequeño hijo de la mano” y en la época de esa misma Revolución, en la estación exclamaban: “¡Un fraile ha secuestrado un niño!” –y todavía en la época de esa misma revolución, una muchacha en la calle, en voz alta: –”Esa *mamá* me da pena: es horrorosa”. –¿Ve usted?

Yo sólo he gustado (“de mi persona”) a las *mujeres* y a los *poetas*, y no hubo excepción en este caso.

Pero si yo hablo ahora aquí de mi no-belleza, es porque, *toda mi vida*, he podido persuadirme que es a las bellas a quien se ama, ahora bien, verdaderamente: sin animadversión –*nadie en toda mi vida me ha amado*– locamente. Así, pues, yo no era bella: era fea. Objetivamente: tuve (hasta la edad de veinticuatro años) rasgos austeros y colores *infantiles* (cabellos *rubios*, mejillas sonrosadas, ojos verdes a lo campesina (porque, también eso pertenece al orden de

—¡lo infantil!) Ahora, —¡y desde hace ya mucho tiempo! —no tengo colores: un verde uniforme y evidente, los labios —apenas *pintados*, el rostro austero se ha hecho duro. Las mujeres *que me desean el bien*, a saber sencillamente —cada una— quieren teñirme *a la fuerza*. Yo, confusa y obstinada: —Eso me disgusta. No puedo. Teñir tus cabellos grises —es como pintarrajear una herida. Yo soy así. “Gustar”, no quiero: incluso en la época, no quería servirme del oro puro de mis cabellos, ahora bien ¡utilizar la mediación de un peluquero!:

París me ha visto completamente sonrosada,
¡París no me verá —maquillada!

(Yo era una idiota increíble: cuando me di cuenta que empezaba a “gustar”, exaltaba al otro, finalmente lo rebajaba más bien al rango de imbécil —y me ponía a despreciarlo. Pero quizá no tan idiota como esto, pues “gustar”, es ser descompuesta en trozos, la anatomía que se hace, en este caso, vivisección. “Ella gusta en tanto que mujer” o “ella no gusta en tanto que mujer”—¿qué significa eso? Porque en efecto —de ahí a: “Me gustan sus cejas pero no me gusta su mentón” — sólo hay un paso. ¿Seré yo, yo, por azar —unas cejas y un mentón?

Nunca he sido una verdadera mujer ni jamás una verdadera niña (todavía menos una “verdadera muchacha” que —muy sencillamente —nunca lo fui) y jamás seré una mujer madura o una anciana —e incluso físicamente no lo seré pues yo tengo una (en mí, ¡en propiedad!) indomable juventud de mi cuerpo, de mis movimientos, de todos mis tendones

y de todos mis músculos –y todo eso porque he sido *un verdadero* ser humano, o quizá un verdadero *no-ser* –¡mi-lagrosamente!).

(De la bella a la bestia...).

– ¿¿Cansada de mis paréntesis??–

Aunque esta carta puede llegar en el momento de su inmensa pena (su hermana). Si fuera el caso –discúlpeme. La imagino cerca de ella: he crecido rodeada de tuberculosos, dicho de otra manera de desapariciones –y sé. Conozco su voz –última. Y su mirada *espantosamente* acerada; como un cuchillo. Y su semblante sonriente: *espantosamente tímido*. Y los olores de su habitación. Y todo lo dispuesto sobre la acristalada mesilla de noche de los sanatorios: píldoras, jeringuillas, frasquitos parecidos a juguetes: adornos.

Entonces –eso olía a éter. Mi madre se moría (muerta el 5 de julio de 1906) –eso olía a éter y al jazmín que había trepado hasta la ventana como un ser vivo o un no-ser. El éter, el jazmín y la madera de pino recién cortada –se había construido una habitación para mi madre para sus últimos instantes: inmensa, un poco sombría a causa del jazmín que no se pensó en cortar (¡quizá fue mejor así!), nosotros volvíamos de Yalta a Moscú pero no llegamos hasta Moscú, descendimos en la estación “Oka”, a 138 versta⁴⁶ de Moscú –es ahí precisamente donde queda Tarus⁴⁷ –es decir, a partir de “Oka”, 17 versta⁴⁷ todavía a remolque.

Y cuando mi madre murió, mientras la trasladaban

a la iglesia de la Resurrección (desde nuestra aislada dacha hasta Tarussa) —a lo largo de la orilla alta del Oka, el barco de vapor al completo se quitó el sombrero —como si fuese un homenaje rendido: del vapor —al navío: al zar. Y recuerdo que en aquel momento, ese gesto me había hecho —feliz. De ese 5 de julio ruso, hará

1934

— 1906 = 28 —veintiocho años.

Para hablar de mí (¡si esto puede llamarse “yo”!). Hemos dado un anticipo de 500 francos, es decir la mitad del alquiler, por un apartamento inutilizable y que supone un peligro de muerte. Durante todo el mes, nos hemos esforzado por recuperar esa suma: no hemos recuperado *nada*. 500 francos es prácticamente la suma de mis honorarios por Biely. Es la miseria absoluta. Hay que pagar cien francos por el colegio de Mur. Hay que —el 15— pagar 750 francos por el alquiler del *nuevo* apartamento (uno distinto), ya alquilado. Ni la menor esperanza. *Poslednie Novosti* no me ha dado ni un solo franco cuando saben que estoy en condiciones de reembolsar con los textos. Qué hacer —nadie sabe nada. La *Sovremennye Zapiski* tiene las arcas vacías, el periódico *Vstrechi* cierra. Ha aparecido en *Chisla*⁴⁸ mi *Rey del bosque* (prosa) también —regalo. Entonces regreso — a veintiocho años atrás, a ese jazmín, me oculto ahí, la cabeza lo primero. Cinco años sin verano —y una vez más— no lo tendremos. Para mí —qué importa (sin duda yo no lo he merecido —¡he mere-

cido *no tenerlo!*, pero Mur —por su aplicado trabajo, su belleza sin ambigüedad y sus nueve años —él, lo merece: quiere ver a toda costa *una vaca de carne y hueso* —¡y lo clama al cielo!

La estrecho en mis brazos. Escriba.

MT

[Añadido al margen:]

Hasta el 15 —la antigua dirección.

Élancourt, par Trappes (S. et O.)
Chez Mme Breton
(¡no olvide *Francia!*)

6 de septiembre 1934

Querida Natasha, le escribo a la hora menos indicada para una carta: después de comer (a la francesa –desayuno), durante el tiempo de Mur que duerme (hasta ahora (nueve años), duerme por el día –y continuará haciéndolo: para él –descanso, para mí –descanso, y para usted (de vez en cuando) –una carta) así, pues, durante el tiempo de Mur que duerme, lo que quiere decir no en la pieza grande, limpia pero sin atribución definida, habitación de la escritura y del sueño, sino en la pieza cocinadora y alimentadora, a saber –la cocina: por ello en desorden, abigarrada, pululando furiosamente de moscas y avispas (otoño: manzanas y, de esas manzanas, un

sucedáneo de confitura). Y hay más, un incesante vaivén ante la ventana; ciclistas con sus bicis (de la mano), campesinos con vacas, ancianas con cabras, pues doy a la calzada y todo el mundo (tres personas y media) va inevitablemente a alguna parte y pasa inevitablemente ante mí. En este momento, al otro lado de la ventana, una conversación: —*El aspecto es bueno: ella tiene buena pinta, ¿no?* —*Oh sí, tiene buena pinta. Pero no es gorda. Oh no, no es gorda. —¿Se queda hasta final de mes?* —*Oh sí, se queda hasta final de mes. —¿No es para siempre, ¿eh?* —*Oh no, no es para siempre.*

Ella, evidentemente soy yo: primer y único habitante extranjero del pueblo de Élancourt. Ellos son —voz de hombre y voz de mujer— los dos viejos.

Estoy aquí con Mur desde el 31 de julio. Pagamos por dos piezas completamente vacías (una convertida en cocina, dicho de otro modo en un hornillo encendido todo el tiempo) —120 francos al mes. Sin nada. Dos camas que nos prestaron unos vecinos, dos mesas que yo he traído, una tercera y dos taburetes que he comprado. Pero tuvimos que traer *toda* la vajilla en hatillos y paquetes, —los bagajes eran completamente soviéticos.

Seriozha⁴⁹ viene de vez en cuando, duerme sobre un chisme completamente desfondado que me dieron para dejar aquí y pasa la noche dando vueltas y vueltas, enciende la vela y lee, y a veces pica algo. Aquí, hay espantosas *ferragosteñas* (de la palabra agosto) —arañas invisibles que pican en círculo: en torno al cuello, en torno al talle, al arco ventral, sin desdeñar los brazos ni las piernas. Los picores son insoportables y con frecuencia acaban en un ecze-

ma. *No son* mosquitos. ¿Hay una suciedad así en Polonia? Se extiende por toda Francia y ha hecho su aparición hace unos tres años.

El verdadero campo. Antes, había un bosque y, de hecho, aún está ahí, pero es imposible ir al mismo porque bajo cada matorral hay una perdiz, o bien un cazador —a menudo un cazador y, de cualquier manera —un peligro mortal. El primer día de caza, los cazadores han matado a mi perro Félix —joven, alegre, pelirrojo y fiel, siempre en fuga y siempre de regreso. Esa vez —no volvió. Lo esperamos toda la tarde, toda la noche, toda la mañana —salimos en su busca por el campo y el bosque donde nos habíamos paseado con él —nadie: sólo disparos.

Todavía me dan pena los perros. Éste, me lo habían regalado en la calle: yo lo acaricié, y la propietaria: —¿*Lo quiere?* Yo, por supuesto, *sí* —y me prendé de él, me acostumbré a él —y ahora... Ese perro era *irresistible*. (Para qué envenenarla con él. Egoísmo. Pero esta carta no sería, por lo demás, mía si no hablase de Félix, es mi *presente*: la tristeza que me mueve).

Sea lo que fuere, estaré aquí hasta el 20 de septiembre. (La vuelta al colegio es el 3 de octubre). Querida Natasha, seriamente, ¿vendrá usted a París *de verdad*, en primavera? Hágalo. Estaría bien por Pascuas, es decir durante las vacaciones de Mur a fin de que no esté atada por la obligación de llevarlo y traerle. (Él —¿viajar solo? No lo dejo ir al colegio a tres casas de distancia. La independencia de los niños no es más *que* la incuria de los padres. “Mi hijo es independiente” significa —“He decidido no prestarle ninguna atención”. Pero sobre ese tema —en otro momento).

Escríbame a estas señas, aún tendrá tiempo.
Soñemos un poco –con un Versalles para nosotras en primavera (¡paradisíaco!), con el Trianon revivificante, o sencillamente con nuestra madriguera vanveana (estoy ahora en Vanves –pero es lo mismo que Clamart, quiero decir que es una periferia cercana): terrenos baldíos con soldados por donde nos pasearemos todas las tardes. Lástima –me verá usted en *cautividad* (en la casa), dándome prisa y apresurando a todo el mundo, sin soportar –nada y soportándolo –*todo*. Pero de vez en cuando, conseguiremos escaparnos. Dígame si esto es *serio*. Dicho de otro modo, ¿cuál es el porcentaje del sueño?

La estrecho entre mis brazos y espero noticias.

MT

[Añadido al margen al comienzo de la carta:]

Escríbame sin Tsvietáieva, simplemente –Efron, o de lo contrario no acertarán a remitirme la carta –aquí, por una cuestión de hábitos simplificados, no se usa el doble nombre de familia, aquí, para todo el pueblo, *dos* nombres de familia: *La Montaña* y *El Agua*, el mío, Efron –es el tercero.

[Añadido al margen al final de la carta:]

Mi dirección *permanente*:

31, rue Jean-Baptiste-Potin

Vanves (Seine)

France

Aunque usted dispondrá de bastante tiempo para escribirme aquí, permaneceré probablemente hasta el 25, quisiera que Mur respire el mayor tiempo posible el aire de las vacas y las gallinas –pues ya está hecho un urbanita y la primera vez en su vida que vio un cerdo fue aquí. Dijo: “sucio y horrible”.

Vanves (Seine) 33, rue Jean-Baptiste-Potin
29 de septiembre 1934

Querida Natasha,

A pesar del 31, su carta ha llegado igualmente, lo que es muy asombroso pues no hay nadie menos perspicaz (¡ni indiferente!) que los carteros franceses. Porque en Clamart, somos unas celebridades a nuestro modo: estamos de mudanza cada dos por tres y a los carteros se les caen los brazos y las piernas a fuerza de buscar y cargar. En una palabra, no olvide, n^o 33 y no 31 –y eso para todo el invierno, antes de que tengamos ganas, en primavera, de lugares nuevos. Como los nómadas y los perros (errantes. Yo nunca tuve otros).

Querida Natasha, soñemos un poco –con el verano.

En primer lugar, clarifiquemos lo que usted desea: ¿a mí o París? O todavía: ¿a mí y París? O aún: ¿París y yo? Porque lamentablemente, en julio, iré sin duda a una granja o a otra en las cercanías –por Mur, a causa de Mur y no únicamente por su salud –*por su alma ya peligrosamente-urbanita* y minada por lo que es ofrecido a ver : la sucesión de anuncios, incitaciones, escaparates, toda la nulidad gratuita y depravante *de las paredes* que ocultan –lo esencial.

Tal vez no conseguiré nada pues crece –con una fuerza manifiestamente-moderna y que sólo tiene de mío la *fuerza* –un ser: invulnerable. Yo también soy un ser invulnerable pero únicamente porque he pasado por la toda-vulnerabilidad: a partir de lo todo-sentido y no a partir de lo in-sentido. De hecho, esa pared (de anuncios, de prisión), yo *no* la veo: veo a través: no existe, sencillamente: estoy yo y la cosa, sin pared-obstáculo. *Con mi mirada*, ¡la derrumbo! (Y cómo la odio: ¡pegajosa, babosa, cubierta por los estigmas de todas las codicias!) Pero para Mur, es –un paraíso: –”¡Mamá-a! ¡Una nueva publicidad! ¡Mamá-a! ¡Un nuevo “*anuncio*”. En una palabra, como en la pieza que escribí hace tanto tiempo sobre Lauzun⁵⁰.

– Todo, todo le gusta –¡siempre que sea nuevo!

Y, único derivativo para apartarlo de ahí –*las vacas*. Porque a mí, Natasha, en mi infancia, las vacas, no me gustaban, en el campo, no eran las vacas lo que me gustaban sino –los árboles: mi propia alma. Y los espectáculos (todo lo que es necesario *ver*), desde mi más tierna infancia los he detestado: ópera, ballet, *Centenario del cantón de Vaud*⁵¹ –¡qué supli-

cio! Permanecer sentada –y mirar. Igual que detestaba –jugar, considerando que era una vergüenza y una estupidez –ahora tampoco, no puedo tragar todo eso –ni siquiera el tenis, y su pelota y su raqueta, Natasha, no puedo tragarlos. De hecho, toda mi vida he estado *sola* (y comprendido en amor). Sólo me gustaba hablar con el otro –y recorrer a grandes pasos la vasta naturaleza. Todo lo demás me era insoportable –*aburrido* y *estúpido*. Y eso desde que me acuerdo de mí. Pero en Mur –no reconozco nada. Él tiene dos pasiones: el ESTUDIO y la DIVERSIÓN: mis dos contra-pasiones, porque yo también odiaba trabajar, nunca he aprendido nada, ni estudiado nada, lo que sé –llegó solo: de mi *simbiosis* con el objeto, de mi *fusión* con él. Fue así como conocí a Goethe, Napoleón, el siglo XVIII femenino⁵², ahora –Noruega, y quizá lo único que conozca, sea el alma humana: fuerte y solitaria. Toda mi vida, tuve horror de los periódicos mientras que Mur *abreva* en ellos, y nada puedo hacer contra eso, pues nuestra casa se derrumba bajo los periódicos y no es posible a lo *largo* del día arrancárselos de las manos. Tiene una biblioteca infantil (de juventud) *maravillosa*, *los mejores* libros –franceses y rusos– pero *no* le gusta releer: –”Ya lo he leído dos veces”, no vive con el libro, juega con él, se aburre, y adelante. Y “adelante”, son las novelas de aventuras, ya en las manos, ya en los ojos (escaparates), y todo el vocabulario que resulta de ahí, con esas “*la sangre brotaba* (¡qué horror!) *de su cráneo roto*”, parrafadas enteras como traídas del colegio. Me veo *sola* contra eso, *sola* con él, conseguiría algo pero yo *no estoy sola* y su padre lo permite *todo*: primero –así tene-

mos paz, segundo —él mismo está absorbido por la vida pública, *todo entero* en los periódicos y además “las novelas de aventuras, eso es romanticismo”. Pero Mur, tiene nueve años y medio. Compréndame: ¿cómo, yo, podría estar contra —las Aventuras? Sí pero con una *mayúscula*, de *primera* mano: J. Verne —sí, Dumas —sí pero no “su nombre les será gloria”, no las chapuzas para único beneficio de escritorzuelos y editores. Mur bebe en aguas sucias —y yo, debo mirar. Pues cuando digo una palabra, su padre: —“Eres un tirano, estás arruinando su infancia, eres un gendarme, no le dejas respirar...” y así lo demás. *Delante de él*. De donde, en Mur —esa especie de condescendencia hacia mí: —Pobre mamá, ¡tú no comprendes nada de esto! (Ni de los periódicos, ni de la técnica, ni del deporte, ni de nada de lo que él vive). Sin darse cuenta de que eso es mi *fuerza* y no mi debilidad, pues “comprender” el tenis o la enésima mujer cortada en trozos o la enésima caída de un ministerio granuja —no es cosa del otro mundo. Pero todo eso, ¡yo no quiero saberlo! Y entonces Mur, compasivo: —¡pobre mamá! De la mañana a la noche, me *juzga*: por minucias o por las cosas esenciales: y yo no lo educo como debe ser, —“Tienes miedo de todo: ¡es ridículo!” y yo no sé como se va de la *calle Víctor Hugo* a la *calle de París*, y *escribo de tal manera que nadie me publica*, y no quiero levantar la cabeza hacia el enésimo avión (¡a punto de caer sobre ella!), en una palabra, “no moderna” y *mañana*, dirá: “no interesante”. Y tiene razón: pues conmigo, se aburre: jugar, desde que nací —no sé, yo sólo sé hablar en reciprocidad, pero a él lo que le interesa es hablar exclusivamente del

Concurso *Lépine* técnico o de los crucigramas de la *Poslednie Novosti* o de una nueva marca de automóvil. *Sin familia* (seguramente la conoce) *no* le gusta, al lord Fauntleroy —no puede soportarlo y me quedo sola con sus (mis) libros para niños. Desde que nació, no he tenido la menor influencia sobre él, a pesar de estar a su lado permanentemente. Es un ser formado, con gustos formados —y más que formados. Yo *veo* hasta qué punto esto es desesperante —y sin embargo lucho —por mí en él. Y —no conseguiré nada.

Con Alia —es todavía peor (Mur tiene, él —cuando menos mi físico —y mi *fuerza*: *mi materialidad*). Alia es ante todo un “ser armonioso”, como yo nunca lo he sido y tal como aquéllos que yo *nunca* he amado: todo con mesura: hasta su espíritu es medurado aunque ella sea muy inteligente, pero ella no tiene un (mi) espíritu combativo, ella tiene —un espíritu amable y conciliador. Ella encanta *a todo el mundo* (¡sin excepción!). [“] —Qué razonable es, equilibrada, tranquila. Y —qué inteligente es. Y —qué dotada está. Y —qué maravillosamente calceta: ¡manos de oro!. Y qué bien sabe jugar con los niños...”, etc. Ni una sola *arista*, ni una sola *aspereza*. Cuando era pequeña, me quería *con locura*: era una *enfermedad*, ahora, eso ha terminado. Me *juzga* continuamente: yo no la dejé seguir una enseñanza secundaria (hizo seis años de escuela de pintura), yo arruiné su infancia y su juventud (cada mañana de 10 a 12 h se paseaba con el pequeño Mur —por el *maravilloso* parque de Bellevue, después por el bosque de Meudon, y lavaba desgadamente la vajilla) —durante largos años yo he sido *la única* en subvenir

a las necesidades de todos y *no podía* pasearme por la mañana. El otoño último, cuando decidió coger a toda costa ese trabajo –muy difícil, que no ofrecía ninguna ventaja y absolutamente desconcertante: auxiliar de un dentista –le dije: –[“] Alia, tú sabes quién soy y lo que soy. Necesito dos horas por la mañana para escribir. No tengo a nadie a quien pedirle ayuda. Con tu trabajo, me condenas a no escribir. *Reflexiona*”. Respuesta: –“Y tú, ¿has reflexionado –voy a pasarme la vida trabajando en tu casa como *asistente*?” Y –mi respuesta: –”Para una *asistente*, tú trabajas muy MAL. Sólo las hijas de sus madres trabajan así”.

Y entonces –se fue a trabajar por 300 francos sin comida (después, 600 francos), desde las 8, 30 de la mañana hasta las 9 de la noche, cayéndose de cansancio –lo esencial era– no estar en casa: no acompañar a Mur al colegio y no lavar la vajilla. Mientras que el resto de la jornada le pertenecía: iba a donde quería, desde los trece años gozaba de una libertad casi total. No, yo le soy insoportable: yo, que no me parezco a nadie, yo con mi tribunal interior que juzga todo lo que no es de PRIMER orden. Conmigo –es duro *moralmente*. Y –los perpetuos reproches: –En ninguna casa se lava la vajilla con agua fría. –En ninguna casa se prepara la comida para dos días. –En ninguna casa se hacen albóndigas de carne cinco días de cada siete. –(Seriozha y Alia –a coro) –sin comprender que a mí, *me* sería mucho más fácil: lavar con agua caliente –dar cada vez algo “nuevo” –en vez de las albóndigas cuya preparación lleva mucho tiempo, por ejemplo, “filetes de ternera” o sin dudarlo –jamón. Que si yo

hago eso, no es por “avaricia” sino porque no hay dinero. Ellos se sienten mejor en cualquier parte menos en casa –y yo me siento mejor con los demás que con ellos.

Escuche hasta el final. Por ejemplo: a Seriozha le cae algo bajo la mesa y busca a tientas (él es *muy* corpulento y, en la cocina, estamos estrechos). Mur continúa comiendo sin pestañear. Yo: –¡Mur, vamos, recoge eso! ¡Cómo puedes quedarte ahí sentado en vez de ayudar a tu padre a encontrar eso? ¡Seriozha, deja de buscar! –Seriozha no deja de buscar y Mur sigue tranquilamente comiendo –y contando el último folletín de la *Poslednie Novosti*. Ni una palabra de apoyo a mis intenciones, y, muy a menudo, sólo la humillación para mí. O también: –Yo no me entrometo en su educación. Lo que haces es monstruoso. (*Delante de él*). Y lo que es “monstruoso” es que, finalmente, no sopor-tando su plato *lleno* y su boca *llena de palabras*, acabo por coger la cuchara y metérsela en la boca. Entonces –eso es un tremendo escándalo. Pues Mur no para de hablar cuando está a la mesa: la comida (sopa y albóndigas) dura *una hora*. Pero, en el colegio, se comporta perfectamente, pues, como toda *fuerza*, está ávido de *dominación*: sobre sí mismo. Mientras que en casa es la anarquía y *se aburre*:

–¡Qué familia más espantosa!

Y esa –es toda la jornada. Más exactamente: esa es mi jornada. Y cuando regrese Alia (ahora está en el mar) –será entonces peor, con sólo pensarlo me siento paralizada ante la idea de su tono insolente y frío y de su mirada igual (ella tiene *enormes* ojos azul

claro) –y de su invulnerabilidad : no la mía. Ella no es condescendiente conmigo. Yo soy “*anticuada*”, una pobre mujer “enferma” que, hoy, es evidente, no ha, de nuevo, dormido bastante. –”Sería mejor que te acostaras más temprano”. Temo muchísimo no amar a estos hijos –nadie me ha herido hasta ese punto. El pasado año ha sido un vivo suplicio para mí. Pues su padre está –por ella: *yo he arruinado* su vida, *yo* la he privado de su juventud, transformándola en nodriza (menos de 10 a 12 horas, fui yo quien estuvo con Mur, desde que nació, todo el día), *todo el mundo* me huye, yo soy la irrisión del barrio –y todo eso delante de ella. Y ella escucha *fríamente*: sin condescendencia.

Y después: –¡Mamá! ¡Qué maravillosamente has leído! (por la noche). –¡Mamá, qué guapa estabas! – ¡Mamá, qué extraordinariamente has hablado del verano “amaranto y suave”... ¡Por –qué? ¡Por qué –eso? Pues eso es –una *negación* de sí misma. Pues yo, soy –una e indivisible: en el estrado –y en la cocina sobre las albóndigas. Pues es el yo-sobre-las-albóndigas quien ha escrito lo que ha leído el yo en el estrado.

La sensibilidad a los ruidos –la conozco. A Mur: ¡No silbes! (yo misma, ante la insoportabilidad, ¡casi *silbo* también!). A Alia: –¡No cantes! Réplica (de ella): –¡Entonces qué, mamá! ¡También está prohibido cantar? Es esto (arrastrando la palabra) –una prisión –o qué? –Yo trabajo. –Pero incluso en la prisión no está prohibido cantar, me parece. –¡Y en tu lugar de trabajo? –¡Pero nuestra casa no será un lugar de trabajo! –etc.–

Murmuro: –Es el infierno.

Toda entera – con el ramaje
De los rotos sueños de entonces –

Sin ruido y también sin prisa
La casa –me ha devorado⁵³.

(La clave del enigma es que Seriozha arde en deseos por ir a Rusia, quiere ser un hombre nuevo, se adhiere a todo y sólo vive para eso, y él me arrastra, pero yo no quiero, y no puedo, el mundo nuevo en *todas* sus manifestaciones –lo detesto, soy yo quien va a él y no él a mí, y la cuestión no es la política sino “el hombre nuevo” –inhumano, mitad-máquina –mitad-mono –mitad-cordero, para decirlo de una vez –un buey: un *buey almizclero* (¡eso existe!)). Yo no tengo, Natasha, *futuro*. Incluso los retratos –de Mur cuando era pequeño, de Boris Pasternak, de Rilke –no he vuelto a colgarlos en las paredes después de la mudanza. –”Para poco tiempo, no merece la pena”⁵⁴. Y la razón sólo es –quizá– todavía una nueva casa pero también –un nuevo país, EXTRAÑO para mí, en el que moriré en el acto: sola –contra ciento sesenta millones. Ahí, perderé a Mur definitivamente y para siempre. Alia –*ya* la he perdido. (Tiene *veintiún* años y en ella, *eso*⁵⁵ no es “infantilismo”). Estoy completamente sola. Seriozha tiene para mí un “recuerdo antiguo”, un resto de cariño: cuando nos encontramos, aún no tenía diecisiete años y acababa de perder (de manera trágica) a su madre y su hermano. Pero la escritura es –*mi función*, una función que es para mí –como la respiración. Es ahí donde me siento feliz y tranquila. Ahí, en ese lugar del papel.

Entonces –¿en verano? ¿Quiere venir conmigo a la granja? Tengo poca esperanza para el mar.

No hemos ido a ninguna parte –mi hijo y yo:
Terminados como agujero en el bolsillo –todos los mares:

Para los poseedores de un billete de cinco lamentables de diez
Los océanos –¡demasiado caro para ellos!

(1933)

Finalmente aún no he decidido: de cinco –o de diez. Pero tal vez... Seguramente, sería maravilloso –pasarle en el mar. A mí me gusta sobremanera en otoño, cuando todos se han ido. Hay una pequeña isla que *no es cara, la isla de Yeu (Dios)*, rusos con pocos medios residen ahí con frecuencia. En Vandée. Sólo pescadores. Podríamos alquilar juntas. Aunque la vida en París es barata. Se puede encontrar una habitación por 100 francos –sólo (como en Block)⁵⁶ “exactamente bajo el tejado”. Usted podría –si la “periferia” no le asusta– residir en nuestra casa, en Vanves –si nosotros estamos en la granja. Vivimos a unos diez minutos de camino del metro. Aunque tendremos todo el tiempo para decidirlo de manera definitiva. El colegio de Mur finaliza el 1º de julio –¿y para usted (ahí) –cuándo? He terminado la prosa *Mi madre y la música*, ahora estoy escribiendo poesía –DE LA QUE NADIE TIENE QUE HACER.

La estrecho entre mis brazos.

MT

[Añadido al margen:]

En este momento, los días son magníficos. ¡Cómo nos hubiéramos podido pasear! ¡Esto no es un tiempo sino un renacimiento!

Tengo para usted un maravilloso regalo pero *enviarlo* –imposible: la aduana. ¿No se presentará una ocasión? No olvide responderme.

No, no diré lo que es pero es algo *maravilloso*.

No obstante, esperar hasta el verano –se hace largo.

Un regalo –para toda la vida.

No hable de mí (de mis penas) A NADIE.

Incluso en mis cartas a Asia a Moscú no le hablo de eso: detesto la ostentación. A usted se lo escribo porque no me conoce –y me conoce, porque con usted, tengo la completa libertad –DEL SUEÑO.

Con Biely, no tenía nada en común excepto la suerte trágica del poeta: la creación: la soledad. Porque no, no *hay* poetas, hay –el poeta. Uno, único, en todos. Pues bien, él y yo, nosotros *LO* éramos...

Usted tiene aparentemente un perro soberbio: ¡Qué ANIMAL! Le he leído también el párrafo a Mur. Envíe su fotografía. ¡Qué magnífico cruce! A mí, en mi infancia, debido a mi maldad y fidelidad, me llamaban “perro mastín”.

Y sin tener-pinta –*por supuesto*. Un día, le contaré.

France
Vanves (Seine)
33, rue J.-B.-Potin
24 de abril 1935, miércoles de Pasión

Querida Natasha,

Cómo me he alegrado al ver su caligrafía en el sobre —aplicada, escolar, de principiante.

Estas escrituras recuerdan a la *vida* de un nosotros antiguo, vida que ya no se nos parece: para nosotros desconocida.

... Pienso en la desdicha que la abate, en su violencia, y creo que usted sentiría una pena similar si alguna o alguno tuviese que morir en sus brazos. Hay cosas por encima de la familia: la familia —humana. Así la zarina nunca pudo olvidar a *su* soldado que la llamaba, de noche —para decirle adiós—,

y cuyas llamadas resultaron vanas porque, a pesar de sus órdenes, no fueron a despertarla⁵⁷. Yo creo que es una pena por la impotencia de no poder ayudar: pues si usted hubiese muerto a cambio —ella hubiese muerto a pesar de todo. Porque, ella, lo que necesitaba de usted, no era su amor — sino *su* vida.

He pasado todo este invierno en el dolor ajeno. El 21 de noviembre, un joven murió en el metro —N. P. Gronski, el hijo de uno de los colaboradores permanentes de *Poslednie Novosti*. Éramos amigos, incluso hemos vivido puerta con puerta de 1928 a 1929 en *Bellevue*, nosotros nos habíamos mudado a su apartamento y ellos se cambiaron al contiguo. Después, venía a verme con frecuencia a Meudon, nos pasamos todo el año recorriendo los bosques. Y repentinamente —el 21 de noviembre —leí...⁵⁸

Y el 9 de diciembre, también de manera súbita —siempre en *Novosti*— el poema *Bella-Donna*⁵⁹ (una *Jungfrau*⁶⁰ saboyana) en la que, a cada instante, en cada línea, hasta en la sonrisa —me reconozco: mi puño. Y lo más asombroso, es que eso no es “a la manera de” sino —yo, yo— exactamente como si fuera yo quien hubiese escrito. Era la primera vez en mi vida que eso me ocurría. Escribí un largo artículo sobre él que intenté colocar aquí y allá, ¿pero a quién le interesa un poeta debutante con una extensa presentación? En una palabra, lo leí como un relato —*El Poeta-alpinista*— después, se lo ofrecí al periódico serbio *Ruski Archiv* —de los autores rusos contemporáneos en serbio. Los versos (las citas) serán dados en ruso, con la prosa literalmente en lengua serbia.

... Veo regularmente al padre y la madre. Hijo

único, adorado. (Hay una hija pero está casada y les es *extraña*). El padre y la madre se divorciaron en 1928 –la madre se marchó con otro y fue en ese momento cuando el hijo puso los ojos en mí. La madre es escultora. Una bella mujer. El hijo también era bello, tenía *algo* de la madre y *algo* del padre –el vivo retrato de Nicolás I. El padre desciende de lituanos, la madre es polaca (Slobodzinska).

Tanto física como moralmente, el joven era un verdadero gentilhomme polaco. Ahora, todo eso está en tierra, bajo tierra, bajo la hierba del cementerio arbolado de Meudon. Acababa de cumplir veinticinco años. Quedan tres grandes cuadernos de poemas. El tomo I sale en junio. El padre (activista y militante) –está *todo entero* en los poemas de su hijo (N.B.: él no comprende *nada* de poesía) –se felicita por el buen papel, por los caracteres de imprenta, él mismo escribió el prólogo, etc., –la madre –la madre “llora a sus hijos y no encuentra consuelo porque ellos ya no están”⁶¹. Es con ellos dos como se ha pasado mi invierno.

– Este otoño gradualmente y en febrero –de veras, mi hija se ha marchado de casa –no para ir a casa de alguien sino para *abandonarme*. La convivencia hace ya mucho tiempo que se había vuelto insoportable: *todo* era oposición. Pues, ¿no es verdad? –no era una inquilina en la casa. Verla en lo que se ha convertido –no podía: *mi* hija. Entonces –he preferido *no* verla más. Al final, ella viene, “pasa” y, formalmente, todo va bien. Pero dentro –está vacío. Desde luego, con mi pasividad natural y por muchas otras razones todavía, yo nunca hubiese dado ese

paso definitivo pero se ha dado –por sí mismo, *independientemente* de mí, por la voluntad de la vida. Hay una cosa que sé: nunca más viviré con ella. En la casa, yo he sido, por ella –pisoteada. *Durante* años. Y he soportado de su parte tales cosas que incluso el hecho de pensar en las mismas es atroz. Ella gusta a todos –que viva con ellos (todos). NO TIENE necesidad de *mí*. Ahora, ya no siento ni amargura. –Está vacío.–

– ¿Y nuestro mar? ¡A menos que haya salido a nado! Respóndame sin falta pues yo comienzo a pensar en el mío con Mur (no he vuelto al mar desde 1928, en siete largos años). Si vamos, será a partir del 1º de julio. Piénselo y respóndame. Desde París, hay billetes de *ida y vuelta* 250 francos para dos meses, dicho de otra manera casi dos veces menos caro (pienso en el Mediterráneo). Aún no sé nada pero espero. Las habitaciones –no caro, 150 francos, me parece, es decir lo mismo que en París y los alrededores sin el menor mar.

La estrecho entre mis brazos y espero sus prontas noticias.

[Añadido al margen:]

¿Cómo siguen sus hijos? ¿Qué hará este verano? ¿Con usted? O bien –¿sola? Déme todos los detalles. Y pronto, a fin de que yo pueda saber *en qué dirección soñar*.

Vanves (Seine)
33, rue J.-B.-Botin

10 de mayo 1935, sábado

Querida Natasha,

Concretamente. Si de verdad ha decidido hacer el viaje, dígame a vuelta de correo: 1) en Francia en general o bien –en el mar 2) sea lo que fuere –para cuánto tiempo en el mar 3) de cuánto dispone para pasar un mes en el mar.

He escrito a una mujer que conozco que tiene, en Favières, pueblo a orillas del Mediterráneo –(aunque parezca gracioso lo de “pueblo”) –una pensión. Económica. Que tal vez le convendría puesto que viene sola. A mí –no porque somos dos y además

una pensión –incluso la más económica– me resulta espantosa. Espero una respuesta de esa mujer, pues le pedí que me informara sobre una habitación (o *habitaciones*) para mis cosas de casa, es decir para una total libertad interior. Soy una salvaje y me gusta hacerlo a mi modo.

Necesito su respuesta con urgencia, pues todos los alquileres y habitaciones ya se están concediendo ahí, ahora mismo, y dentro de quince días no quedará nada.

Usted podría, por supuesto, si es para un mes (para menos tiempo me sorprendería que quisiesen alquilar, y, *además, es indispensable saber –cuál*) alquilar, también, una habitación y comer con nosotros: me da igual: lavar dos o tres platos más –¿quizá está usted a dieta?, ¿no come de todo?, ¿está acostumbrada a variar los menús y, sencillamente, le gusta la buena cocina? En nuestra casa –*se come*, eso es todo. Lo que hay. Y prácticamente siempre lo mismo dos veces al día. Pero por el contrario, mucho –y por poco dinero. –Así es.

Espero –todavía no sé nada– partir en los primeros días de julio, después de la “*entrega de los premios*” de Mur. La última vez que estuve en el mar (en el océano), fue en 1928 –de eso hace siete años, y en el Mediterráneo –aunque esto ya es prehistoria– en la primavera de 1912, exactamente después de mi casamiento –en Sicilia– ¡hace de ello *veintitrés años*!

Sí, quizá haya que dar enseguida el dinero para el alquiler, pues, sin dinero, nadie tendrá confianza. No pierda esto de vista y, a partir de que se lo comunique, actúe en consecuencia *a la velocidad del relámpago*.

Dónde se encuentra exactamente Favières –no lo sé– frente a las pequeñas *islas de Hyères* por lo que *me parece*. De lo que sí estoy segura, en cambio, es: de los *pinos*, una playa de arena (cosa rara en el Mediterráneo), el mar. Y sobre todo –de las montañas *hirsutas* y *encrespadas*. Sé también que, en los alrededores, está la estación balnearia de *Lavandou*. Si tiene un mapa grande de Francia –la encontrará. (Busque por *islas d’Hyères: de Ayer: ¡todo encontrado por mí!* A las de “*Mañana*” –¡yo no iría!). Cuando me responda, tenga mi carta a la vista: ninguna de mis preguntas es superflua.

La pequeña recuerda a una cabritilla. –Un rostro antiguo, no sólo debido a las trenzas sino también por el óvalo. Estoy asombrada por los elementos-familia extraños a la familia: ¡soy yo quien tendría que estar en esa fotografía! ¡Qué espantoso que su suegra sea tan vieja! Pero la vejez es poder, ¿no es verdad? Cualquiera anciana extraña a sí misma es una suegra y un juicio final. Su marido tiene una cara muy polaca, felina. (¡No se sienta vejada!) ¡Es –amable?

Si tiene la intención de “explorar” Francia, y además sin perderse nada –evidentemente, no sabrá lo que es el descanso. Personalmente, y tras ver una exposición durante una hora –yo me siento vacía. Para mí, lo más extenuante, es tener que mirar a la

fuerza, es decir ex profeso. Es algo anclado en mí desde mis siete años, desde mi infancia. Lo que yo quiero, es vivir con la cosa (ciudad, catedral, *claus-tro*). Pero quizá es usted –como Mur– una *contem-plativa*, es decir que es capaz de conocer una cosa *por el exterior* sin hacerla al instante suya: carne viva de su alma. De ver una cosa independientemente de usted y no en su propio pozo (sin fondo). Entonces –Francia es lo mejor para usted.

En una palabra, respóndame a todo esto según sus deseos y lo más precisamente –y lo más rápido posible.

Estos días he de encontrar a una dama, por mor de la exactitud, le envié un sobre y un sello.

Gracias por el serbal⁶² (el alba: para mí, es *el alba*, un *sinónimo*). Usted es la única que lo ha comprendido. Todos: –¿Pero qué significa el último verso? ¿Por qué está inacabado? (Uno, incluso: –¿De verdad? ¿Hay zarzales de serbal? Yo: –Lo conozco. Es un árbol. Poco importa). Todo el poema es –nada más que por las dos últimas líneas, como lo comprenden ellos, pues, aún cuando no *las* comprendan. – Esos versos hubieran podido ser mis *últimos*. Pero ahí va éste de 1916:

En racimo bermellón
Se abraza el serbal.
Las hojas reverberaban.
Nacía yo.

Alegres se respondían
Cientos de campanas.
Era día de algazara:
Juan Precursor.

Y desde entonces
Tengo ganas de morder
En el racimo amargo
De esa zarza ardiente.

[Añadido al margen:]

Yo nací el 26 de septiembre de 1892, a *medianoche*
entre un sábado y un domingo y mi madre me registró como *en sábado* y, así, lo predeterminó todo:

Entre domingo y sábado
Vuelo, pájaro de Ramos
Con un ala de oro y
La otra de plata...⁶³

En cuanto a Mur, nació un domingo, exactamente a mediodía, el 1º de febrero de 1925: tañía una campana.

La estrecho entre mis brazos y espero sus noticias.

MT

Vanves (Seine)
France
33, rue J.-P.-Potin

16 de mayo 1935

Querida Natasha,

¡La suerte está echada! He alquilado una mansarda por 600 francos el verano y ya adelanté 200 francos. —Con total libertad: podemos preparar la comida e incluso, los pequeños quehaceres —la colada. Los otros eran más caros y peores, a saber “mejores”, añadiendo un 10% por la limpieza incluida, a saber — con “un buen ambiente”, y también, en alguno: “sin el chico” (¡vaya!).

Ahora —a propósito de usted y para usted. Se alquilan habitaciones (sin pensión) únicamente durante la temporada (tres meses) —y es razonable. Así, pues, falta la pensión. Hay algunas. Ya he hablado con la propietaria de una de ellas, madame Bogdanova: 20 francos al día con la habitación. Según los precios practicados en Francia, sobre todo en el mar —es un precio irrisorio. Por la mañana, café —a voluntad con lo que se quiera (N.B.: ¡mantequilla y miel!), la comida —mucho de todo, frutas y té (N.B.: a la rusa —¡mucho quiere decir para dos!), la cena —más ligera, pero igualmente aceptable. A las 4 —nada, pero es como en todas partes. En la comida, la carne es “asada”, en la cena —aderezada (albóndigas, *zrazy*⁶⁴, etc.). Tome su decisión rápidamente y si decide (usted se decide), escriba de inmediato a madame Bogdanova a la dirección siguiente: [Un blanco].

y envíe un anticipo —no menos de 100 francos. Es indispensable decir *cuándo* quiere venir y *para cuánto tiempo* (aproximadamente).

Mur y yo (*¡tfou, tfou!*)⁶⁵ nos pondremos en camino probablemente el 21 de junio con el primer *tren de vacaciones* —con descuento. Aunque ya nos veremos —*allí*. Y eso es mucho mejor: en vísperas de la salida —¡ahora mismo!— estoy en un estado de permanente angustia: tamborileos y temblores: no olvidar ésto, aquéllo —llevar ¿qué llevar? —y *me faltan ojos y oídos* para todo. Ante un yo *semejante*, usted se desesperaría: una dulce loca. (Por ejemplo ahora, mientras escribo: la tabla de lavar —¡pero cómo transportarla? —el cubo grande —¿lo llevo? —quizá meter el hornillo de petróleo —en el balde —y el

balde –¿en el cubo?, etc., con el estribillo: “¿Y a qué hora despega todo esto?!”). Y eso será así hasta el *tren de vacaciones*, y mucho me temo que durante algunos días después. (¿Y cómo transportar el orinal de Mur? En la mano –¿verdaderamente? Como un buquet o una *enorme* bombonera. Pero sin orinal –imposible: es fiel, devoto –y desde los diecisiete años viajo con orinales. –Sí.–) Querida Natasha, ¿cómo transporta la gente los orinales? ¿En las bolsas?

La abrazo y espero su decisión y su respuesta a la velocidad del relámpago.

MT

Ferrocarril –*París –Lyon –Meditarráneo*.

Itinerario: Toulon (rima: Napoleón) y la última estación del ferrocarril –*Levandou*, o bien –*doux* (*dulce*), o todavía *Lavandou* (de *lavanda*), y mejor aún: *Lavandoux* (suave como –*lavanda*), pero me parece que se trata de: *Levandou*. El pueblo La Favière donde viviremos está a un kilómetro y cuarto andando.

Pinos, una playa de arena, otra –de guijarros, montañas –a-lo-Crimea, encrespadas (de 1 200 metros), lavanda. Sin mosquitos.

Coger: un traje de baño, algún par de alpargatas (también podrá comprarlas aquí, las hay muy bonitas, de colores, irrompibles: 6 francos), vestidos escotados (¡la espalda!), se recomienda una *hamaca* aunque yo no tengo, y, por lo además, tengo ganas de vomitar (¡con sólo verla!). Un salabre para quisquillas aunque, personalmente, yo soy ciega y lo arrojo a un lado. Mur tendrá uno.

Natasha, ¿quiere hacerme feliz? Envíeme 50 francos para un verdadero hornillo sueco, irrompible, que queme, pueda cuidar y amar –para toda la vida. (Aún hoy lloro uno parecido que tuve que dejar en Rusia hace trece años, –no consigo olvidarlo: ¡*me quema!*).

Ese será el personaje esencial de mi vida en Favières –más esencial que el mar. El año pasado, tuve uno que no era mío, lo reparé pero hubo que devolverlo. Me había acostumbrado tanto a él que me costó restituirlo. Le prometo que escribiré algunos versos sobre el tema e incluso un poema largo. (Existe uno de Chukovski⁶⁶ pero 1) yo no lo he leído 2) es para niños –mientras que el mío será *para adultos*). Lo escribiré –palabra de honor. Y se lo dedicaré. Hasta sé qué dedicatoria: –su nombre –con mi gratitud por

–EL HORNILLO

sin repetir la palabra una segunda vez.

Espero sus noticias con urgencia. Y –tan *prácticas* como las mías. He eliminado todo lirismo de mis cartas y, sin embargo, habría mucho que contar: sobre la dama a la que yo represento –¡todo un poema! Pero el lirismo, en otra ocasión.

Lo principal –para mí– es saber cuáles son precisamente sus proyectos. Dése prisa: en la pensión, las plazas se reparten antes, es decir *ahora*.

Espero.

[Añadido al margen:]

Su Piłsudski⁶⁷ tiene un rostro de águila. No cabía esperar otras últimas palabras más que esas —que quizá son una invención... Y me pongo a pensar: el poeta no es im-pasible, es omni-pasible —incluso si eso atenta contra él. Yo puedo perfectamente comprender el odio de los polacos hacia Rusia. Pero yo, personalmente, no sé odiar —a un país. Ni tampoco —a un ser humano. Sólo —a un individuo en particular. Pero aquí por el contrario —furiosamente.

France
Vanves (Seine)
33, rue J.-B.-Potin

7 de junio 1935
Viernes

Querida Natasha,

¿Sabe lo que más me gusta en usted? *El coraje*. Hay cosas que no se quieren decir, ni siquiera a uno mismo, pero usted las dice —en voz alta (no quiero decir “a mí”, en primer lugar porque no quiero apropiármelo, y después porque: ¿quién soy yo sino el oído absoluto: el punto de caída de todo lo que se dice “en el aire”?).

He guardado —durante mucho tiempo, mucho tiempo, quizá tres semanas—, en mi bolso una carta para usted con todo un informe detallado aunque no suficiente (pues no he podido saber el n.º del edificio ni el precio exacto de los cursos) sobre la *Alianza Francesa* —un curso de verano de una duración de tres meses con exámenes, tres grupos, una eventualidad de medalla de oro. París, *boulevard Raspail*, un edificio blanco con muchachas jóvenes mayoritariamente —tanto es así que aún están —aglutinadas ante la puerta de entrada.

No he dejado de levantar sueños y esperaba informarme sobre el precio del grupo más avanzado y el n.º del edificio (lo conozco de pasada) —pero he aquí que exactamente ahora, cuando pensaba ir ahí (¡PALABRA DE HONOR!, al regreso del colegio de Mur) —justamente *ahora*, entonces —su carta. Lástima que no haya conservado o no haya enviado la otra de inmediato como prueba material de mi preocupación por usted: yo la convencí de *no venir* al Sur (a verme) pues “para poco tiempo, no merece la pena”, pero eso, el grupo más avanzado es serio y atractivo, con cursos a cargo de los mejores profesores que, en tiempos, dieron misa en las iglesias —San Roque por ejemplo, donde un magro anciano, profesor, da un curso desde el púlpito —¡de predicador! — sobre Villon (cuando no sobre *Voltaire* —pero, bueno, jeso es ya blasfemia!).

En la época de mi primer París (el verano de mis dieciséis años), finalicé brillantemente el curso para avanzados, y *hubiese* obtenido medalla al final, sin aquella ignorancia *absoluta*, anonadada y apabullante, digna de un niño de pecho —de la gramática

(la teoría). “Pero cómo hace usted para hacer lo que hace sin tener la menor noción gramatical?

— ¡Hago prosa sin saberlo!

— Y poesía también. Usted debe ser poeta en su lengua.”

(Palabras del eminente historiador de la literatura Émile Faguet).

— Y así es.

Pero la medalla —no la tuve. La flor y nata de los profesores (¡los exámenes fueron en la Sorbona!) dijo que era el primer caso de esa índole desde la creación de la *Alianza Francesa*.

— Coraje. Usted aún tiene más coraje —¡que yo! A menudo temo *echarles un mal de ojo* a los míos cuando me lamento, de hacer caer sobre ellos la desgracia. (Yo no me “lamento”, los juzgo severa y fríamente. Sabe, Natasha, si ya ha acabado con el colegio —¡escriba! Escriba el libro que nadie escribirá en su lugar: usted misma. Recuerde, Tolstoi decía: “Cualquier ser puede y debe escribir en su vida —un libro: el libro de su vida.” (No es así como lo dijo. Él no tuvo —¡qué insolencia, verdad?— la agudeza de la fórmula pero el sentido es *suyo*). En ese libro usted —vivirá, día tras día, *esos* días llevarán como sobre unas enormes alas, seguros, *valerosos*, *estos* días. Lo que ocurra a su alrededor dará igual, usted se hará invulnerable.

Hay una segunda vida —la de la lectura, pero también hay otra, inconmensurablemente más intensa y en modo alguno “segunda” —la de la escritura.

...Mi refugio ante las hordas salvajes,
Mi escudo y mi coraza, mi última trinchera

Contra la malicia de los buenos y la malicia
de los malos –
¡Estás –verso– clavado en lo más profundo
de mis entrañas!

(1918, yo)

Y unos setenta y cinco años antes:

Oh tú que ni el mismo sacrilegio
Pudo esperar en el templo –
Mi infortunio –mi riqueza –
¡Mi arte sagrado!

(Carolina Pavlova⁶⁸, años cuarenta)

Al rememorar el *inicio* de nuestro encuentro, su crónica familiar de juventud y añadiendo a eso... sencillamente el otro grupo familiar –ah, *Natasha, ¡usted está bien servida!* ¿No es mucho –para *una sola* cabeza femenina –y un corazón?

Nárrelos a todos por escrito: a su madre, a sus hermanas – la “encuadernación” Ilovaiski –el amor– por todos *ellos* a través del mundo –pero de ellos todos *por* usted, en tanto que precinto.

Se lo digo seriamente. Será una enseñanza para sus hijos, para su hija.

El “verano”. Habrá que arreglar los dientes de Mur y vacunarlos contra la viruela. Pues, en este momen-

to, tiene *exámenes trimestrales*. –Y lo que es más, vivimos a 1 hora y media de transporte (más ¡cuánta espera en la sala de espera?) del dentista, del que es gratuito.

Apelo a todas las damas que conozco para que me regalen un traje de baño del último año de su última estancia en el Mediterráneo = en el océano. O dos: para Mur y para mí. Pero también necesitamos albornoces, no está permitido ir sin ellos a la playa, y desnudarme al borde del agua –yo– con mis antiquísimos jubones abotonados... (Aquí, todo el mundo lleva “sostenes” con dos hemisferios –esencialmente rosas y delicados y, para mí, ¡i-rrellenables!)

Yo *coso por encargo* (!!!). Y no sólo mis jubones: sino también mis pantalones amarillos y mis camisas lilas, pues siempre compro lo más barato y nunca mi talla: peso: 50 kilos y delgadez correspondiente. En la mayoría de tiendas, no hay mi talla (60), tengo que comprar la “*juvenil*”, pues las “jóvenes” tienen, como debe ser, todo estrecho, mientras que yo, tengo un kilómetro de espalda. “Idealmente deportiva... figura *masculina*”, como me dijo con la mayor inocencia una vecina, magra anciana de ochenta y ocho años que cose... por un precio adecuadamente a la antigua. –¡Cómo me gustaría escribir sobre todo eso!

– El verano será... duro. Allí, ni leche, ni mantequilla, ni carne y el pescado está por encima de mis medios, como siempre en el mar. Tampoco huevos porque *las gallinas tienen demasiado calor*. Aunque algunos hay pero –de cocodrilo. Tengo miedo por Mur –que no está acostumbrado. (Un espectáculo

homérico –¡huevos de cocodrilo en el plato!) ¡Y si hubiese uno con un feto? ¡Ya con *dientes*?)

Con lo de los cocodrilos –bromeo.

Natasha, qué tristemente vivo y cuánta alegría inextinguible hay en mí – ¡inextirpable!

– ¿Por qué me dejé llevar a creer, como una idiota, que usted iba –a venir? ¿Por qué creí en el acto y firmemente en nuestro verano? ¡Y hasta ese punto lo he –visto? (Más claramente que –el mar).

– Y he aquí.

Si salgo, será el 28. A las 5 horas 20. Piense en mí, por favor. Y después también, el 22 a las cinco h., de la madrugada –véame en sueños: en ese momento estaré haciendo cola en la ventanilla del *Tren de vacaciones* en la *estación de Lyon* –que abre a las siete horas. *Tiemblo de espanto*.

El 20, todavía tengo una velada. Lectura de mi *Diablo*⁶⁹, el diablo de mi infancia e incluso de mi tierna infancia. El epígrafe: –El diablo se burla del niño.

Escribí esto –con delectación.

No sea irónica cuando hable del hornillo, es un *amigo*. Le sacaré una foto completamente solo y se la enviaré. Gracias por él –y por todo.

Escriba más a menudo.

Corro a buscar a Mur al colegio.

La estrecho entre mis brazos.

MT

[Añadido al margen:]

Incluso WILNO, usted se ha empeñado en escribirlo VILNO, con *un solo* trazo, para acarrearle un per-

juicio moral. Pero temo que la carta no llegue a su destino y le he restituido sus derechos.

En cuanto a la otra, debe ser seguramente de la raza de las viejas diabólicas. (De las eternas nietas del diablo).

[Va con la carta una fotografía de Mur con, escrito al dorso:]

Mi hijo Gueorgui Efron

Mur

Pascua 1935, exactamente 10 años,

—yo —viva a esa edad—

(y un poco —a *¡ésta!*).

A mi querida Natasha —

MT

Vanves, junio 1935.

[Añadido al margen:]

—¡*Consérvela!*

France
La Favière, par Bormes (Var)
Villa Wrangel

13 de julio 1935

Querida Natasha,

Le escribo bajo un pino real, cerca de un cactus –y no crea que por eso soy más feliz.

La Favière es un sitio lujoso, lujoso por su naturaleza, pero yo nunca he podido soportar el lujo salvo –el lexical (el de Gógol y a veces –el mío propio... todo *La Virgen-rey*⁷⁰ por ejemplo) –y el de la turquesa montada en plata (tuve un brazalete así, procedente de un túmulo funerario, completamente incrustado de piedras –me lo robaron en Meudon).

Aquí: palmeras, cactus, eucaliptos, cipreses, mirtos, mimosas, laureles rosas sobre la cabeza, [ilegible] de la mano y bajo el pie. (N.B.: un *montón* de serpientes pero sólo dos especies: o bien de dos metros, con un vientre amarillo, que se comen los polluelos, —o bien víboras (e incluso “reales”) —cerca estuve de pisar una: retiré el pie *justo* a tiempo —ella, asustada, comenzó a danzar con frenesí. — Las serpientes también son del registro del lujo, ¿no? —Y además —el mar, también es un lujo precioso porque es “mediterráneo” (sin eso, las tierras no lo ampararían) —colores insoportablemente suntuosos. Y los Alpes marítimos. Y —los viñedos. En una palabra, ciertamente estoy oprimida por este lujo —esta responsabilidad. Cuántas personas me envidian en este momento o me *envidiarían*. (No estoy acostumbrada a eso. Nadie envidia de veras los dones interiores, en cuanto a la fama externa, tengo poca...)

Difícil amar una naturaleza semejante. Difícil *para mí*. Además, no tiene nada que hacer con mi amor. Es una belleza. Exige amor pero, al mismo tiempo, *no* lo comprende. ¿Qué debe hacer el poeta? (Admitamos —Pushkin. Pero Pushkin amaba a Goncharova *al contrario que el poeta* —como un hombre. Con una cierta febrilidad y hasta con servilismo y, más tarde, con la alegría malsana de la sangre negra⁷¹ ante la blanca). Volviendo a la naturaleza: me gustaba mucho más mi pequeño arbusto de enebro, único y solitario, en Checoslovaquia, que todos estos laureles rosas y tamarindos de aquí.

No se puede amar un jardín botánico.

Es todo —por el momento. Hoy, hace exactamente dos semanas que hemos llegado.

Una vuelta atrás –brevemente: una semana antes de los exámenes trimestrales –a saber hacia el 7 de junio –Mur de pronto comenzó a quejarse del vientre –en principio como si fuese un juego: –¡O-oh, me duele el vientre, ayúdame, no puedo levantarme! (No imagine que era del orinal, no –de la cama), después, más seriamente aunque con una punta de guasa (para los niños, el vientre es en sí mismo algo gracioso, ¿quizá a causa del ombligo? que también es gracioso), dos días después (él continuaba yendo al colegio y correteando por la casa, lo llevé a una rusa que conozco –doctora– que al descubrirle una apendicitis lo dirigió al profesor Alexinski (cirujano, nuestra eminencia de vieja amistad, aún desde los tiempos de Moscú –seguramente ha oído hablar de él). Durante dos días, hemos intentado dar con Alexinski, ¡recorriendo verstras y más verstras! –finalmente, el 13 por la tarde –conseguimos echarle mano. Examinó, preguntó. Sí, una apendicitis. Yo –”No abrir, ¡naturalmente!” –Sí, abrir –y mañana sin falta.

(Y el 28 –tenemos que partir con el *tren de vacaciones*. ¿Comprende mi turbación?).

En una palabra, el 14 por la mañana se le realizó la operación –a él el primero. Permaneció en cama durante diez días. Transcurrido ese lapso, cuatro días más tarde –embarcamos. *Desembarcamos*. Y mañana hará exactamente dos semanas que estamos aquí –y un mes desde la operación. Todavía lleva un vendaje pero ya se le puede quitar. He

recorrido con él una versta y media para hacer las compras e ir al correo. He aquí que hace cuatro días que se baña —sin forzar, por supuesto. Y todo esto —con la autorización y el firme consejo de la doctora, anciana, rusa y *muy* experimentada.

Pero nos sentimos desdichados: no tenemos prácticamente nada que comer. Más exactamente: no hay con qué. Tras la operación, tiene que restablecerse, ganar peso, pero sólo disponemos al día para los dos de —7 francos, mientras que el precio de la carne es de 7 francos la libra, los tomates —2 francos, las manzanas —3 francos 50 y así todo. Aquí, eso es para dejarse la piel. Por lo tanto, estamos abonados a las sopas sencillas y las patatas. Le ruego, mi querida Natasha que, si puede, me envíe cien francos —para Mur, para comprar alimentos. La operación nos ha esquilado de manera terrible: 700 francos —y eso que, Alexinski, no quiso percibir honorarios —sólo para la clínica y aún con una rebaja —y 10 días de pensión, los gastos de la operación, el pago del personal, y demás. Hemos pagado 400 y todavía debemos 300. Pudimos partir gracias al dinero de mi velada (leí mi *Diablo* —un relato, sobre mí, evidentemente). El viaje costó 500 francos —para dos naturalmente, regreso incluido. Pero para vivir nos quedan —7 francos por día. La *Sovremennye Zapiski* se ha negado a dar un anticipo. Es imposible pedirle a Serguei Yakovlevich:⁷² el 15 debe pagar la cuota del apartamento, a saber 750 francos. Está completamente *pelado* y no podrá enviarnos nada. A él, le escribo (según el sistema del profesor Coué). —Todo va bien. Todo va —muy bien. Todo va —de la mejor manera. Es la *conciencia* viva, en otros términos,

sólo es turbación, sobre todo cuando estamos separados. Y además, no tiene *nada*. Él come en casa de unos y otros, –por suerte (¡tfou, tfou!) *todo el mundo* le quiere.

Mur le escribió a su padre (a propósito de Lavandou –estación balnearia vecina a donde vamos a echar el correo cuando hemos dejado escapar al cartero): “Lavandou es una estación balnearia relativamente sencilla. (N.B.: ¡es la primera vez que está en una estación balnearia!). Pero hay dandis y palmeras”. Es precioso –¿verdad? De hecho, la palmera es también un dandi. (A mí *no me gusta*).

– Basta de egoísmo. –Hablemos de usted. – ¡Los exámenes de los niños? ¡Para cuándo las salidas –y para dónde? ¡Cómo sigue la familia, el clan (según la fotografía)? ¡Y –el alma? ¡*Cuál* es su dolor? (El alma es dolor. El resto –es el cuerpo). O bien –el pensamiento).

Sobre mi encuentro con Pasternak⁷³ –cuándo responderá. –¡Pronto! Por lo que concierne a su dirección –nunca me acuerdo de las direcciones– se ha impreso visualmente en mí: veo el dorso de su sobre: Poplawska, 27a m. 1. Pero por el contrario, su nombre de familia es un poco complicado: lo volví a copiar: ¡Hajdukiewiczowa? o bien *ck*. Es mejor con *K completamente sola*.

Escribo sobre una mesa bamboleante, sentada en una caja –discúlpeme por la caligrafía. Pegada de moscas y ¿en=loquecida? =¿chasquidoramente? de

cigarras. No sabía que vivieran en los árboles y que sus chasquidos fuesen tan *diabólicos*. Peor que un motor, pues son cientos de motores sin interrupción, desde las 6 de la mañana hasta las 7 de la tarde.

La estrecho en mis brazos y le suplico que me disculpe por el favor que le pido.

El hornillo es formidable, reluce como un negro (¡por el color, el brillo!) y funciona (¡tfou, tfou!) como un chino. Un verdadero sueco, con una inscripción –en ruso además.

Pues bien, sí – a mí me gusta.

Cuando lo hayan fotografiado –le enviaré los clichés.

La abrazo.

MT

France

La Favière, par Bornes (Var) Villa Wrangel

14 de agosto 1935, jueves.

¡Querida Natasha! Con toda seguridad, una de mis cartas se ha perdido —toda vez que me pregunta si recibí los 70 francos. Por supuesto que le he contestado de inmediato —una larga carta (tres folios como éstos) y de eso —hace ya mucho tiempo. Sólo hay una cosa que no consigo recordar: la he echado en el correo de Lavandou o bien —en el local, de Favière, buzón un tanto dudoso en el que nunca echo las cartas sin una punzada del corazón: (el cartero no olvidará recogerlas, a la tendera no se le

caerá todo en la arena –el buzón está fijado sobre la tienda y es la tendera quien le entrega el correo al cartero –para más seguridad– porque el cartero está... sumido en sus pensamientos: un anciano campesino, acostumbrado a la monotonía de las ovejas: a los aires de las ovejas y los montes. Ha aprendido a escribir su nombre hace poco).

Sea lo que fuese –es verdaderamente lamentable que yo haya –escrito y que usted –no haya leído y sobre todo, que haya podido tomarme por una perfecta maleducada.

Gracias una vez más –por la precedente y –por la nueva –por la de hoy, gracias de todo corazón, gracias por todo.

Vengo de acompañar a mi marido que nos ha hecho una visita durante una semana: una de sus amistades lo trajo en coche –a través de toda Francia (yo estaría muerta de mareos y de terror). Y al acompañarle, me doy cuenta hasta qué punto la alegría del otro es para mí más efectiva –más dichosa– que la mía propia. Mientras estuvo aquí, me bañé con alegría, hice los recados con alegría, bebí del *rosado* local con alegría, en pocas palabras –me bañaba, caminaba, bebía –por él interpuesto: a través de su alegría de todo eso. Y ahora que no está, sólo queda la amargura –que todo ésto sea para mí y no para él. *Es un caballo en la cuadra*, toda esta belleza ofrecida –en pura pérdida.

Durante estos siete días, rejuveneció, se restableció y se mostró más gentil dejando a un lado todo lo urbano, se bañó con fruicción, como Mur, desbordando de felicidad –por el mar –el silencio –las algas –la arena –por todo –por cada paso y cada imagen, por cada minuto del día. En cuanto a mí – Algo se rompió en mí: apresuro los días y estoy *contenta* cuando se acaban. Quizá porque yo no tengo absolutamente futuro, que todo *–ha sido*. ¿Qué puedo esperar? ¿Nietos? Pero este corazón está ya consumido.

A veces, me parece que la vida es demasiado larga y cuando pienso que toda esta infinitud está compuesta de minutos...

Por qué todo el mundo piensa que soy *fuerte y plena*, cuando sólo estoy plena de inspiración, igual que el pecho –de respiración.

La inspiración (la respiración) –¿será un *contenido*? En mí, siento el vacío y el fuego.



Pero quizá –¿todas estas confesiones sin control únicamente porque el día está sin balizas? (Me desperté primero a las 3, después a las 5, levanté a Mur, lo hemos acompañado al tren, en pocas palabras, todo el día está desplazado y eso es lo que más temo –pues sí, como una monja, me he balizado –para guardarme de mí misma).

Discúlpeme, querida Natasha, por esta carta descolada, pero más vale una carta así que un día de más

donde usted pensará que soy una maleducada. Para la “historia”⁷⁴ yo ya no tengo respiración —es un largo relato. Sólo contaré el final:

— Por entonces, le había escrito: “Goethe —no dejes de pesar interiormente la sonoridad de esa palabra —amó durante su vida *desesperadamente* y, a la mujer que más amó, más tiempo y más desesperadamente, le dijo:

*Die Sterne —die begehrt man nicht:
Man freut sich ihrer Pracht.*⁷⁵

—Amad —así. Porque amar una *Stern*, ni siquiera *Herrgott*⁷⁶ puede prohibirlo”.

Más tarde contaré el comienzo —prodigioso, y el desarrollo —que no existió— y todo el final.

En pocas palabras, una vez más con mis manos —he destruido —como lo he hecho —toda mi vida. Quizá —por *última* vez.

En cuanto a Mur, no languidece por su padre. Y eso es terrible. (¡Yo que toda mi vida he languidecido por todo el mundo! No —he languidecido *sin* sino —he languidecido *por*: la nostalgia como viático, no: ¡AGUA VIVA! como un motor esencial). Su padre lo ama con locura y ha estado con él —de lo más tierno, de lo más amable, complaciéndolo en *todo*: lo ha llenado de regalos (¡Tanto como se puede hacer!)

¡Qué *inmisericorde* es esta generación!

Pues bien, él es un –hombre nuevo.

TENGO MIEDO por él.

Hay que darle todo a los hijos sin la menor esperanza –aunque sólo fuese un movimiento de la cabeza hacia atrás. Porque –es necesario. Porque –de otra manera, es imposible –*para sí*.

Mur no vendrá a mi tumba. (Eso es desagradable.

¡Para qué? Poco importa, no hay nadie dentro. Etc.).

Energía física –y mental. (Fuerte e inteligente).

¡Pero –el alma? ¡Dónde? ¡Cuándo?

¡Deseable? –Ni siquiera lo sé. –Yo estoy bien, vamos –con mi “alma”. No un lugar intacto.

Perdón, Natasha.

La próxima carta de un día bien balizado será más mía. Desde la mañana, con la cabeza descansada y con un poco menos de corazón.

La estrecho entre mis brazos.

MT

Estaré aquí hasta el 25 de septiembre.

NOTAS

1. Tsvietáieva habla de la casa moscovita familiar de la calle Triojprudny (“de los tres estanques”), casa en la que pasó su infancia y adolescencia, que amó tiernamente y a la que consagró muchas páginas en prosa así como poemas de juventud.
2. Las cursivas son de Tsvietáieva.
3. Ivan Tsvietáiev (1847-1913), profesor de universidad, historiador de arte, dedicó gran parte de su vida a la creación del Museo de bellas artes de Moscú (Museo Puskhin).
4. Alusión al apóstol Tomás, figura simbólica de la incredulidad.
5. Varenka: diminutivo de Varvara (Bárbara). Se trata de Varvara Nikolaevna Ilovaiskaia, primera mujer del historiador Dmitri Ivanovich Ilovaiski (1832-1920), padre de la primera esposa de Ivan Tsvietáiev.
6. “También”, pues la primera mujer de Ivan Tsvietáiev se llamaba igualmente Varvara (Varvara Dmitrievna Ilovaiskaia, 1858-1890). De ese matrimonio nacieron dos hijos: Valeria y Andrei —hermanastra y hermanastro de Marina Tsvietáieva.
7. Retrato de Varvara Ilovaiskaia que Ivan Tsvietáiev —que adoraba a su mujer— había encargado tras la muerte de ésta. El retrato, que fue realizado a partir de fotografías de la difunta, ocupaba un destacado lugar en la casa de la calle Triojprudny.
8. Olia: diminutivo de Olga. Se trata de Olga Ilovaiskaia (1883-1958), hija del segundo matrimonio de Dmitri Ilovaiski.

9. Tsvietáieva sobreentiende *La casa cerca del viejo Pimen* (véase su obra *El Diablo*), relato que, en una carta a su amiga Anna Teskova fechada en noviembre de 1933, califica de crónica familiar de la casa de los Ilovaiski. Tsvietáieva llamaba “la casa cerca del viejo Pimen” a la mansión familiar de Moscú situada en la calle del Viejo-Pimen de la que Dmitri Ilovaiski era propietario.
10. Valeria, hermanastra mayor de Tsvietáieva por parte del padre.
11. Asia —diminutivo de Anastasia (1894-1993)—, hermana menor de Marina Tsvietáieva.
12. Ariadna Efron (1912-1975). Durante mucho tiempo, Tsvietáieva tuvo una estrecha relación con su hija. Pero, en la adolescencia, la joven no pudo soportar ese peso maternal. Tsvietáieva aceptó muy mal ese deseo de independencia y su relación se volvió extremadamente conflictiva. Ariadna sólo se “reconciliaría” con su madre tras el suicidio de ésta, cuando también ella estaba en confinación. A su regreso del exilio, Ariadna consagró el resto de su vida a reunir los escritos de su madre.
13. Tsvietáieva le dio a su hijo Gueorgui (1925-1944) el sobrenombre de Mur, en referencia al gato Mur de Hoffmann.
14. Andrei Biely (1880-1934) poeta y escritor, una de las mayores figuras del simbolismo ruso.
16. *Las últimas noticias*, periódico.
17. Pavel Miliukov (1859-1943), hombre político, jefe del partido de las Juventudes, historiador, publicista, redactor jefe del periódico *Poslednie Novosti*.
18. En alemán en la carta.
19. Alexandra Rosset, de casada Smirnova (1809-1882), dama de honor en la corte del zar. Inspiró a las grandes plumas de la época (Pushkin, Lermontov, Gógol, Turguéniev).
20. Natalia Goncharova (1812-1863), esposa de Pushkin.

Según todos los retratos de ella a todas las edades y según los testimonios de sus contemporáneos, era de una gran belleza.

21. Es cuando menos sorprendente que Tsvietáieva reduzca el suicidio de Maiakovski a un mal de amores.

22. Olav Duun (1876-1939), escritor noruego, autor de un fresco épico en seis volúmenes titulado *Die Juuvinger*. Los dos tomos que pide Tsvietáieva forman parte de esa obra.

23. Sigrid Undset (1882-1949), novelista noruega, recibió el premio Nobel de literatura en 1928.

24. Alusión a sus orígenes polacos por el lado materno.

25. Denominación rusa de Wilno.

26. En alemán en la carta.

27. Vladimir Rudnev (1879-1940), médico de formación, fue alcalde de Moscú y, después, tras la Revolución, emigró a París donde fue redactor jefe de la revista *Sovremennye Zapiski*.

28. Selma Lagerlöf (1858-1940), novelista sueca, recibió el premio Nobel en 1909.

29. Knut Hamsun (1859-1952), novelista noruego, premio Nobel en 1920.

30. Tsvietáieva veneraba al escritor danés al que leía desde la infancia.

31. De 1922 a 1925, Tsvietáieva vivió en las afueras de Praga con su familia.

32. El hermano de Serguei Efron –Konstantin–, se suicidó en 1910, a la edad de quince años. Abatida por la pena, su madre se suicidó a su vez.

33. Marina Tsvietáieva y Serguei Efron (1892-1941) se casaron en 1912.

34. Leonid Andréiev (1871-1919), escritor ruso, autor de novelas y obras de teatro.

35. Boris Pasternak (1890-1960), poeta y escritor ruso, premio Nobel de literatura en 1958. Tsvietáieva tuvo con él una relación muy fuerte, esencialmente epistolar.

36. Rainer Maria Rilke (1875-1926), poeta de lengua alemana, nacido en Praga, con el que Tsvietáieva mantuvo durante cuatro meses del año 1926 una correspondencia apasionada hasta su muerte, sin haberlo conocido nunca personalmente.
37. *Encuentros*, diario parisino de la época.
38. Secta religiosa de Rusia (“los Flagelantes”) que no admitía ni sacerdotes, ni Iglesia en tanto que institución.
39. Leonid Leonov (1899-1994), escritor y dramaturgo ruso influenciado en sus comienzos por Dostoievski.
40. En este verso, se trata de una llegada al mundo: no era la hija (Natasha) la esperada, sino Grishka, diminutivo de Grigori.
41. Nadia Ilovaiskaia (1882-1905), hija del segundo matrimonio de Dmitri Ilovaiski, muerta a los veintitrés años de tuberculosis. Tsvietáieva le consagró muchas páginas en *La casa cerca del viejo Pimen*.
42. Diminutivo de Andrei.
43. La madre de Tsvietáieva, Maria Alexandrovna Meyn, murió en 1906 de tuberculosis. Tsvietáieva tenía catorce años.
44. Viacheslav Ivanov (1866-1949), poeta simbolista ruso.
45. Ariadna, que tenía cinco años en el momento de la Revolución.
46. Una versta (antigua medida utilizada en Rusia) equivalente a 1, 067 metros.
47. La familia materna de Tsvietáieva tenía ahí una propiedad. Es en Tarussa donde yacen los restos de Ariadna así como los de la hermana de Tsvietáieva, Anastasia. Un museo consagrado a los Tsvietáiev fue abierto ahí en 1992.
48. Revista literaria y artística que apareció en París entre 1930 y 1934.
49. Diminutivo de Serguei (Efron).
50. Armand Louis de Gontaut, duque de Lauzun (1747-1793), cortesano de vida escandalosa que a última hora se

pasó a las filas revolucionarias, acabó guillotinado. Tsvietáieva escribió una pieza titulada *Fortuna* (1919), consagrada a la personalidad íntima y política de ese personaje.

51. En 1903, la familia había juzgado preferible enviar a Marina y Anastasia a un pensionado de Lausana (en el cantón suizo de Vaud) a fin de alejarlas de su madre a la que se le había detectado una tuberculosis.

52. A Tsvietáieva le gustaba muy especialmente la señorita de Lespinasse (1732-1776).

53. Poema inacabado escrito en 1928.

54. Verso de un poema de Lermontov escrito en 1840 titulado: *Me aburro, estoy triste*.

55. Con la palabra “eso”, Tsvietáieva designa la concienciación política prosoviética de Ariadna (muy influenciada por su padre). Adelantándose a éste en algunos meses, fue la primera en partir a la URSS el 15 de marzo de 1937.

56. Aleksandr Blok (1881-1921), poeta ruso lírico, romántico y místico.

57. Alusión a la zarina Alexandra Fiodorovna, esposa de Nicolás II, que ejerció como enfermera en los hospitales militares. Ella había relatado la historia de ese joven soldado agonizante en una carta al zar.

58. Tsvietáieva supo de la muerte de Nikolai Gronski por la prensa rusa.

59. *Belladonna*, largo poema escrito por Nikolai Gronski.

60. En alemán en la carta: “muchacha”

61. Cita de la Biblia (ligeramente revisada y corregida) donde Raquel llora a sus hijos.

62. M. Tsvietáieva habla aquí de un poema que escribió en 1934, titulado *La Nostalgia*, y que Natasha debió comentar en alguna de sus cartas.

63. Tsvietáieva cita aquí los primeros versos de sus poemas de 1919.

64. Carne picada mezclada con harina de trigo, arroz, etc.

65. Expresión rusa que equivale a “tocar madera” a fin de alejar la mala suerte.
66. Kornei Chukovski (1882-1969), escritor ruso especializado en literatura infantil.
67. Józef Piłsudski (1867-1935), mariscal, ocupó las funciones de Primer ministro de la Polonia de 1926 hasta su muerte.
68. Carolina Pavlova (1807-1893), poeta rusa, amiga de Mickiewicz, asidua de los salones literarios de la época.
69. *El Diablo*, relato autobiográfico.
70. Cuento en forma de largo poema escrito en lengua popular (1922).
71. El bisabuelo de Pushkin era etíope. Pushkin tenía, pues, “sangre negra” en las venas.
72. Serguei Yakovlevich Efron. En sus cartas, Tsvietáieva habla de su marido llamándole por su diminutivo, o por su nombre y patronímico.
73. Hacia finales del mes de junio de 1935, Pasternak viajó a París para tomar parte en el Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura. Depresivo, se negó a participar en ese congreso pero fue obligado por orden de Stalin. Durante los diez días que pasó en París, tuvo una –única– breve entrevista con Tsvietáieva y su familia. Tsvietáieva que esperaba tanto de ese instante se sintió muy herida por el encuentro frustrado, que calificó de “no–encuentro”.
74. Tsvietáieva hace, con toda evidencia, alusión a su “historia” con Pasternak.
75. En alemán en la carta: “Las estrellas no se pueden desear:/ Pues ya gozamos con su brillo”. (Verso de un poema de Goethe titulado *Consolación por las lágrimas*).
76. En alemán en la carta: “el buen Dios”.

í n d i c e

Cartas 1934-1935	5
Carta 1	7
Carta 2	15
Carta 3	23
Carta 4	33
Carta 5	41
Carta 6	47
Carta 7	59
Carta 8	63
Carta 9	69
Carta 10	75
Carta 11	83
Carta 12	89
NOTAS	95



Marina Tsvietáieva nació en 1892 en Moscú. A los dieciocho años publicó sus primeros trabajos poéticos que enseguida despertaron el interés de la crítica. En 1922 abandona la Rusia soviética por Praga donde se había refugiado su marido, combatiente del ejército blanco. Tres años más tarde se instaló en París con su familia. En 1939, Tsvietáieva regresará a la URSS, donde ya estaban su marido y su hija que, poco después, serán arrestados. Desamparada, sin trabajo, Tsvietáieva será evacuada de Moscú con su hijo Gueorgui, el 8 de agosto de 1941. Consumida por las privaciones, sin la menor perspectiva, Marina Tsvietáieva se suicida tres semanas más tarde, el 31 de agosto de 1941.

Las cartas aquí reunidas —y traducidas por primera vez al castellano— son fruto de un feliz azar. Fueron encontradas en los desvanes de la casa de Natalia Hajdukiewicz, destinataria de las mismas, por uno de sus familiares en el año 2001, en Vilnius.